

BOLSILIBROS

Oeste

se

OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

EN UNA NOCHE DE ESTRELLAS



Lectulandia

El propietario del más importante General Store de Crystal City mostró al cliente otro vestido femenino, primero alzándolo, y luego extendiéndolo sobre el mostrador. —¿Y éste? —sonrió—. ¿Qué le parece éste? Precioso, ¿eh? —Sí... —musitó el cliente—. Pero el color no acaba de gustarme... —¡Pero si es precioso! —No digo que no... Pero... Bueno, ¿no tendría uno de color azul?

Lectulandia

Lou Carrigan

En una noche de estrellas

Oeste Legendario - 11

ePub r1.0

Titivillus 02.06.2019

Título original: *En una noche de estrellas*
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

EN UNA NOCHE DE ESTRELLAS

LOU CARRIGAN

PARTE DEL FINAL

CRYSTAL CITY (ZAVALA, TEXAS). MAYO, 1876.

El propietario del más importante General Store de Crystal City mostró al cliente otro vestido femenino, primero alzándolo, y luego extendiéndolo sobre el mostrador.

—¿Y éste? —sonrió—. ¿Qué le parece éste? Precioso, ¿eh?

—Sí... —musitó el cliente—. Pero el color no acaba de gustarme...

—¡Pero si es precioso!

—No digo que no... Pero... Bueno, ¿no tendría uno de color azul?

—¿Azul? Azul, azul... ¡Seguro que sí! ¿Tiene que ser azul?

El hombre parecía un poco impaciente, y quizá intimidado por la presencia de las tres mujeres que, en la otra punta del mostrador, lo contemplaban con amable sonrisa un tanto maliciosa. Con motivos, porque ver a un hombre comprando un vestido de mujer no era cosa de todos los días. Ni de todos los años. A decir verdad, era la primera vez que veían a un hombre comprando un vestido femenino...

—¡Azul! —exclamó alegremente el comerciante—. ¡Estupendo color azul, amigo! ¿Qué le parece éste?

El cliente tragó saliva.

—Sí..., sí. Me gusta el color. Es exactamente lo que iba buscando.

—Pues no es por desanimarlo, pero este vestido, precisamente, es bastante caro.

—No importa... No importa.

La puerta se abrió en aquel momento, y las mujeres y el propietario del General Store miraron hacia allí. Dos hombres entraron, todavía un poco deslumbrados por la luz del sol, y se acercaron al mostrador. Dos tipos altos y malencarados, de revólver al cinto y modales bruscos.

Uno de ellos chascó dos dedos, mirando al comerciante.

—¡Hey! Queremos tabaco. Y un par de botas.

—Un momento, por favor, enseguida les atiendo —miró de nuevo al primer cliente del día, que contemplaba dubitativo el vestido—. ¡No me diga que no le gusta!

—Sí, sí, me gusta... Estaba pensando si será de la medida que necesito. Veamos...

Tomó el vestido con dos dedos por cada hombro, y se lo colocó ante el pecho, calculando medidas que debía conocer muy bien. Las señoras sonrieron, el comerciante sonrió... y el que quería comprar tabaco y un par de botas soltó una risotada.

—¡Oiga, amigo! —exclamó—. ¿Y por qué no se lo pone? ¡Así no tendría la menor duda de que le sentaba bien!

Volvió a reír, y el otro le imitó, añadiendo:

—Y como usted es rubio, le aseguro que el vestidito le sienta estupendamente. ¡Vamos, hombre, póngaselo!

El comprador del vestido femenino pareció no haberlos oído.

—Me lo llevaré —aceptó por fin—. ¿Quiere envolverlo con lo otro? Y por favor, tenga cuidado que el sombrero no se aplaste.

—Supongo que quiere usted el de las cintas azules.

—Sí..., sí... Ése, claro.

—¡Estará precioso! —volvió a reír el del tabaco—. ¡Seguro que con ese vestido y un sombrerito de cintas azules estará precioso! Y digo yo: ¿por qué no hemos de ver cómo se lo prueba? ¡Vamos, amigo, Pruébese ese sombrero! ¡Tengo ganas de empezar el día riendo!

El comprador de prendas femeninas volvió ligeramente la cabeza, sonrió a medias, y eso fue todo. En realidad, más que una sonrisa fue una mueca. Pero el que acompañaba al comprador de tabaco tuvo oportunidad de ver su rostro lo bastante bien, y, bruscamente, el suyo quedó lívido. Su compañero insistió:

—Oiga, le estoy diciendo que...

El otro le tiró de una manga, y musitó:

—Track, déjalo... Déjalo.

—¡Al demonio! —se soltó Track—. He dicho que quiero empezar el día riendo, ¿no? Usted, amigo, pruébese el sombrero. ¿No me está oyendo?

Parecía que no, que el comprador no le estaba oyendo, porque ni siquiera volvió la cabeza como antes. Las señoras empezaban a asustarse, y el propietario del General Store rozaba ya la preocupación.

—Le haré un paquete perfecto con todo —murmuró.

—Muy bien.

Track comenzaba a sentirse irritado ante lo que, evidentemente, era un menosprecio hacia él y sus; órdenes amenazantes. Así que se acercó al cliente de prendas femeninas, le asió de un brazo, y le hizo dar la vuelta, con rudeza.

—¡Le estoy diciendo...! —estalló iracundo, para callarse de golpe.

Se calló de golpe porque, cuando los claros ojos del comprador de prendas femeninas se clavaron en los suyos, sintió como un soplo helado que lo estremeció de pies a cabeza. Track quedó mudo contemplando aquellos ojos, la recia mandíbula, la fina cicatriz que se deslizaba desde el pómulo derecho casi hasta la punta de la puntiaguda barbilla. Era como un rostro de roca que tuviese dos lagos tranquilos, transparentes. Un rostro recio, viril, sosegado..., pero de tan peculiares ojos que miraban de tan peculiar manera que fue inevitable el frío, el estremecimiento de Track.

El comprador de prendas femeninas no dijo nada. Ni una sola palabra. Pero su mirada bajó hacia la mano de Track que le sujetaba por un brazo, y luego ascendió de nuevo hacia los ojos de Track, el cual estaba entonces mirando la estrella de cinco puntas prendida en la cazadora del otro. Pero, ciertamente, no fue la placa de *sheriff* lo que más impresionó a Track, sino aquella mirada, aquellos ojos impávidos fijos en los suyos.

No se oía ni una mosca en el bazar. Ni siquiera una respiración.

Y por fin, Track apartó su mano, y quedó inmóvil, como esperando la más terrible de las desgracias. Pero en el acto, el otro dejó de mirarlo. Volvió a colocarse de cara al mostrador; tomó un cigarro de una caja, y mordió la punta.

—Póngalo en la cuenta —le dijo al comerciante.

—Sí... Sí, señor, sí...

Mientras el propietario del bazar hacía el paquete, nadie se movió. El cliente fumaba apaciblemente, fija la mirada en el mostrador o en el humo del cigarro. Un buen cigarro, aromático, suave. Cuando el paquete estuvo hecho, pagó la cuenta, tomó su compra con una mano, y, con la otra, sosteniendo entre dos dedos el cigarro, se quitó el sombrero, en dirección a las todavía asustadas señoras, que sonrieron tenuemente agradeciendo su cortesía. O quizá les hizo gracia los larguísimos cabellos rubios del hombre de la placa, que salió por fin del General Store.

Sólo cuando la puerta se hubo cerrado, Track lanzó un profundo suspiro, y apoyó ambas manos en el mostrador. Su compañero se acercó a él, y le espetó, con voz ronca:

—¿Estás loco? ¿Por qué no te callaste cuando le viste la cara?

—No sé... Pero cuando vi sus ojos... Por todos los demonios, Colby, ¡en mi vida he visto ojos como éstos! ¿Quién es ese tipo?

—¡Es Vincent Vrain! —aulló Colby—. Maldita sea tu estampa... ¿Es que no lo reconociste?

—No... Bueno, nunca lo había visto... ¿Vin Vrain? ¿El famoso *sheriff* de Uvalde?

—¡Él mismo!

Track palideció un poco más, y el propietario del bazar, que los miraba a los dos con sorna, tomó dos cigarros y los tendió hacia ellos.

—Tengan, fumen, amigos... Pueden hacerlo para celebrar que, prácticamente, acaban de nacer.

* * *

Afuera, Vincent Vrain estaba colocando el paquete en el calesín, tranquilo, siempre inmutable. Para él, aquello había sido como la molestia de dos moscas que se espantan sin hacerles el menor caso.

Se colocó en el asiento, tomó las riendas, y las movió, con seco y suave golpe. El caballo inició la marcha. Poco después, Crystal City quedaba atrás, y delante se iba perfilando el feo, edificio, aislado, oscuro, rodeado de muros no demasiado altos. Había una gran puerta doble, de roble, ante la cual se detuvo por fin Vrain.

Y sólo entonces la transparente, serena mirada del *sheriff* de Uvalde, se alzó hacia la inscripción:

Crystal City WOMEN PRISON

Segundos después, Vin Vrain llamaba a la puerta de aquella cárcel de mujeres.

CAPÍTULO I

UVALDE (CONDADO DE UVALDE, TEXAS). MAYO, 1875

Mae le echó los brazos al cuello, aferrándose a él con fuerza, como si estuviese dispuesta a llegar a la más feroz lucha con tal de que él no pudiese escapar de su abrazo.

—Vin —musitó—: eres adorable.

Y para subrayar y reafirmar su opinión sobre Vincent Vrain, le besó en los labios. Un beso cálido, muy completo. Un beso ardiente..., que pareció dado sobre una roca, pues los labios de Vrain ni siquiera se movieron para rechazar el beso. Y mucho menos para aceptarlo, de modo que Mae Jarvis se apartó, al fin, entre decepcionada y furiosa.

—Eres odioso... —se contradijo ahora—. ¿Lo sabes? Sí, eres odioso, Vincent Vrain.

El *sheriff* de Uvalde encogió los hombros, y luego se desprendió de los brazos de Mae, empujándola suavemente hacia atrás.

—Mae —dijo casi amablemente—: esto va en serio.

—¡Oh, déjate de tonterías! ¡Son mentiras!

—Si son mentiras, tanto mejor para ti. Pero han sido varios los que han venido a presentar la denuncia. No puedo desatenderlos. Tampoco quisiera actuar contra ti sin avisarte, precisamente por el gran afecto que te tengo...

—¡Afecto! —protestó ella—. ¡Afecto! A veces, Vin, me pregunto si eres humano. ¡Estás aquí, a solas conmigo, en mi dormitorio, y me hablas de afecto...! ¡A mí, a la mujer más bonita de Uvalde...! ¿O no te parezco bonita?

Vincent Vrain alzó las cejas, casi divertido, al parecer, y miró de arriba abajo a la mujer. Debía tener poco más de treinta años, seguramente, pero se conservaba tan bien que parecía una joven e inocente muñequita: su piel parecía seda; sus ojos eran verdes, muy grandes, hermosos; su boca, roja, grande, inquietante para cualquier hombre; sus largos cabellos rojizos provocaban la caricia... Y su cuerpo era más que suficiente para dejar sin resuello a la clientela del Lucky-Lucky Saloon cuando ella salía al escenario

ataviada con unos pedacitos de tela con lentejuelas, medias largas de rejilla, y unas plumas en la cabeza. En aquel mismo instante, vestida así, pero sin las plumas, Mae Jarvis tenía tal encanto, tal sugestión y dulzura femenina, que hacía falta ser de piedra para soportarlo con la pasividad de que hacía gala Vincent Vrain. En cuanto al camerino-dormitorio de ella, no podía encontrarse quizá en toda Texas lugar más propicio para fulminar la resistencia de cualquier hombre: un diván rojo, sillones, un aparador con botellas, bonitos cortinajes en el balcón que daba sobre la marquesina del saloon... Alfombras, cuadros no demasiado decentes, la luz de uno solo de aquellos quinqués de cristal pintado con flores... Y el lecho.

—Eres muy bonita, Mae —admitió Vin amablemente.

—Dices que soy bonita igual que si dijeras que está lloviendo —gimió ella.

—No creo. Cuando llueve me entusiasmo: llueve poco en Uvalde.

—¡Vincent Vrain! ¡Te odio!

—Creí que me amabas.

—Oh... ¡Oh, sí! ¡Te amo! Vin, te amo tanto...

Volvió a colgarse de su cuello, volvió a besarlo en la boca, y Vincent Vrain volvió a apartarla.

—Mae —insistió—: en serio, tengo varias denuncias, y no quisiera que se confirmasen. He venido a advertirte, aunque quizá eso no sea lo correcto por mi parte. Simplemente, yo tendría que haber venido esta noche, y examinar tu ruleta en pleno juego. Eso es lo que seguramente están esperando que haga los denunciadores. Sólo por afecto, te aviso: vendré a examinarla. Y si en efecto, está trucada, te meteré en la cárcel... con ruleta y todo. ¿Lo entiendes?

—Son mentiras. ¡Te lo juro, Vin!

—Mejor. Sé muy bien que hay gente que no sabe perder, y eso les empuja a hacer acusaciones muy peligrosas. Si tu ruleta no está trucada, me alegro. Si lo está, te diré lo que vas a hacer: esta noche, utilizando precisamente el truco, dejarás que todos los que vengan a jugar, ganen, a fin de que recuperen su dinero. Y a las doce, quita la trampa, porque yo vendré a buscarla. ¿Lo entiendes, Mae?

—¿De verdad haces esto sólo por afecto?

—Sólo por afecto.

—¡Ah, si supieras cuánto te odio..., amor mío!

Mae Jarvis volvió a besar a Vincent Vrain, que parecía estar muy bien provisto de paciencia y resignación... Y de nervios de acero, que resultaban imprescindibles para resistir los... ataques de la mujer más bonita de

Uvalde... y de muchas, muchas millas a la redonda. Esta vez, fue ella quien se apartó, desilusionada, entristecida.

—Vin, ¿qué tengo que hacer para que me ames? —susurró.

—No sé.

—¿Quizá...?

Vin Vrain recogió su sombrero, y se lo puso, con gesto brusco, disgustado.

—Si alguna vez te quiero, te lo diré, Mae. Mientras tanto, será bueno que sepas...

Afuera, en la calle, se oyó un disparo. Luego, otro... Y luego, varios más, tan seguidos, que fue imposible contarlos. Pero fueron no menos de ocho o diez. También se oyeron gritos de miedo, exclamaciones de espanto... Vincent Vrain miró hacia el balcón, y luego se dirigió hacia la puerta, inalterable. La abrió, y se volvió.

—No olvides lo de la ruleta —dijo.

Salió al pasillo del piso alto del saloon, y descendió la escalera que se cernía sobre el local, poco frecuentado todavía. Algunos clientes, agolpados a las ventanas, se volvieron y lo miraron impresionados.

—Vin —dijo—, ha sido delante de los establos...

Vrain asintió con la cabeza, cruzó el local y salió al porche, mirando ya hacia los establos públicos, donde se estaba realizando una gran concentración de curiosos. Alargó el paso hasta llegar allí, y comenzó a apartarlos, hasta que se dieron cuenta de que era él, y le abrieron paso en el acto, dejando ver el centro del círculo, donde yacía un hombre de bruce.

Cuando se arrodilló junto a él, supo enseguida que no había nada que hacer. Estaba completamente acribillado. Le dio la vuelta, y se quedó contemplando, al parecer imposible, el rostro del viejo Jonah, desencajado por el dolor y la muerte, casi fuera de las órbitas sus ojos de borrachín empedernido. Las balas le habían llegado por todos lados. De momento, sólo un pensamiento latió en la mente del *sheriff* de Uvalde: habían acribillado como a una bestia al ser más inofensivo de Texas. Jamás había ido armado, jamás había dado motivos de discordia, todos se reían de él y de sus borracheras, pero se las pagaban... Una vez, quisieron apartarlo del *whisky*, y el viejo Jonah estuvo a las puertas de la muerte. Le volvieron a dar *whisky*, y fue como resucitar a un casi cadáver. Jonah volvió a reír, a jugar con los chiquillos del pueblo, a contar divertidas cosas a los mayores, todas ellas de sabor picante, y a llamar guapa a toda mujer que se cruzase en su camino...

Mae, cubierta con una capa, se arrodilló junto a Vrain, y lanzó un gemido, llevándose una mano a la boca.

—Dios mío... ¡Pobrecito Jonah!

—Parece que ya no te podrá pagar los muchos tragos que te debe — musitó roncamente Vrain.

La corista propietaria del Lucky-Lucky abrazó el cadáver del viejo borrachín, apretándolo contra su pecho.

—Pobrecito... Pobrecito Jonah —gimió—. ¡Lo han matado! ¡Lo han matado...!

Vrain se incorporó. En aquel momento llegaba Charles Lester, su ayudante, apresuradamente. Contempló la escena, sobresaltado y luego miró a Vrain.

—¿Qué ha pasado, Vin?

—No lo sé. ¿Dónde estabas tú?

—En la oficina. Me dijiste que mientras ibas a ver a Mae...

—Ah, sí. Bien... Tendremos que...

—Yo lo vi... —se adelantó un hombre, casi temblando—. ¡Lo vi todo perfectamente, Vin!

—Muy bien, Olen... —asintió el *sheriff*—. ¿Y qué fue lo que viste?

—Fueron tres hombres... Creo que venían del Lucky-Lucky. Llevaban botellas, muchas botellas, y se estaban riendo mucho...

—¿Borrachos?

—No —intervino el camarero del saloon—. No, no, Vin... No estaban borrachos. Sé qué tipos son éstos. Estuvieron en el saloon, me pidieron una docena de botellas, y mientras tanto tomaron un par de tragos cada uno. Sólo eso. Luego, se fueron.

Vrain asintió con la cabeza.

—Sigue, Olen. ¿Qué más?

—Pues ellos pasaron por aquí cuando Jonah iba cantando... Ya estaba borracho. Le dijeron algo, y se rieron... Luego, quisieron que Jonah se descalzase, y que bailase sobre las boñigas mientras se bebía una botella entera, que ellos le invitaban... Jonah les dijo que no y también les dijo cosas feas... Algo de sus madres, sus padres, y cosas así... Entonces, ellos empezaron a disparar.

—¿Los tres?

—Sí, sí... Los tres. Se fueron hacia el establo, Vin... Son forasteros.

—Yo los vi hace mucho rato, comprando muchas cosas en el bazar de Geoffrey... —intervino otro—. Parece que compraron muchas provisiones.

—Todavía deben estar en el establo, cargando los caballos —añadió otro más.

Vincent Vrain miró hacia el establo público y entonces se hizo un súbito silencio a su alrededor, cuando, al sol poniente, se vieron sus claros ojos como teñidos de rojo... Cuando dio el primer paso, todos se apartaron a gran velocidad y hasta hubo quien echó a correr en aquel mismo momento.

Mae soltó el cadáver del viejo borrachín, y se aferró con ambos brazos a una pierna del *sheriff* de Uvalde.

—No... ¡No, Vin, no...! Espera... que te ayuden... ¡Charlie, ve con él..., id con él todos!

Vin Vrain iba caminando, inexorable, arrastrando a Mae Jarvis como si no se diese cuenta de ello. Los curiosos se estaban apresurando a ponerse a cubierto. Atrás, junto al cadáver de Jonah, Charlie Lester, el ayudante de Vrain, parecía clavado al suelo, petrificado, congelado, lívido el rostro.

—¡No, Vin, no vayas! —gritaba Mae—. ¡No vayas, deja que...!

De un brusco paso, Vrain se desprendió de Mae, que quedó tendida en el polvo.

Luego, con unas cuantas zancadas más, llegó a la gran puerta del establo público.

CAPÍTULO II

Gene Carpenter acabó de colocar las botellas en las alforjas, y luego, todavía sonriendo, repasó y recargó su revólver, cosa que ya habían hecho sus dos amigos.

Uno de ellos comentó:

—Será mejor que nos larguemos de aquí cuanto antes, no sea que esa gente reaccione, Gene.

—¡Bah!

Enfundó el revólver, al fin, y tiró una moneda a las manos del encargado del establo. La moneda no llegó a las manos, sin embargo, porque el hombre estaba inmóvil, aterrado; golpeó en su pecho y cayó sobre la paja pisoteada del suelo.

—¿Qué te pasa a ti? —lo miró torvamente Carpenter—. ¿Algo no te gusta?

El hombre puso cara de estar tragándose toda una herradura, cada vez más aterrado. Gene Carpenter seguía mirándolo, divertido, sarcástico. Iba a añadir algo cuando, en la puerta del establo, una sombra se proyectó hacia el interior.

A la vez, los tres hombres se volvieron hacia allí, rápidamente, llevando las manos a sus respectivos revólveres. Se quedaron así, mirando la alta figura de largos cabellos que parecían de oro rojo debido al reflejo exterior del sol.

—Soy Vincent Vrain, *sheriff* de Uvalde —dijo el recién llegado, calmadamente—. Ustedes tres están detenidos.

La expresión de los tres hombres fue de pasmo. Luego, pasó a ser una mueca sarcástica. ¿Era broma? ¿Un solo hombre, por muy *sheriff* que fuese, iba a detenerlos, él solo, a los tres?

—¡Iban a matarme, Vin! —chilló el del establo—. ¡He visto en sus ojos que iban a...!

—Calma, Luke. Todo se arreglará. Ya no va a pasarte nada... Ustedes tres, desabrochen sus cintos y déjenlos caer al suelo.

Gene Carpenter y sus amigos seguían con las manos sobre las culatas de sus revólveres. El primero frunció el ceño.

—Será mejor que se aparte, amigo —deslizó—: vamos a salir.

—Eso es cierto. Pero antes, desabrochen sus cintos.

Hubo un instante de silencio.

Y de pronto, uno de los amigos de Carpenter tiró del revólver que ya empuñaba.

Desde luego, consiguió sacarlo de la funda.

Pero sólo eso.

Aún no lo había colocado horizontal cuando ya Vin Vrain tenía el suyo en la diestra. Una llamarada rojiza brotó del cañón y el asesino lanzó un chillido brevísimo, pues la bala, incrustándose en su corazón, lo paralizó inmediatamente. Mientras este hombre saltaba hacia atrás ya muerto, Vincent Vrain se tiraba al suelo, de lado, en un salto elástico, de auténtico felino... y su dedo volvía a apretar el gatillo, esta vez en dirección a Gene Carpenter, que sí había conseguido colocar horizontalmente su revólver... para su mala suerte. La bala disparada por Vrain dio en el cilindro del revólver de Carpenter, que estalló ruidosamente, reventó, lanzando esquirlas de plomo y metal a todos lados. Gene Carpenter saltó hacia atrás, lanzando un pavoroso aullido y llevándose las manos a la cara.

Mientras, ignorando la bala que acababa de rebotar junto a su rostro disparada por el tercer asesino, Vin Vrain disparaba por tercera vez, metiendo la bala en la frente del hombre, por encima de la ceja derecha. También aquel asesino salió volando de espaldas, para caer junto a un montón de paja, justo sobre boñigas de caballo apiladas allí a la espera de ser retiradas.

Inmediatamente, Vrain orientó de nuevo su revólver hacia Gene Carpenter, pero éste se revolcaba por el suelo, lanzando alaridos espantosos, siempre con las manos ante el rostro, que se cubría rápidamente de sangre.

Vrain se puso en pie, y comenzó a acercarse a Carpenter, que, súbitamente, dejó de gritar y quedó inmóvil. El *sheriff* de Uvalde se acuclilló junto a él, y le puso la palma de la mano izquierda sobre el corazón. Pocos segundos después, alzó la cabeza, y miró al del establo.

—Ve a decirle al doctor Smithers que vaya a mi oficina, Luke. ¡Luke! ¿No me has oído?

—¿Eh...? ¿Qué...? —reaccionó el otro, al fin.

—Dile al doctor Smithers que vaya a mi oficina cuanto antes. Y que lleve su maletín. Y avisa a Charlie y alguien más, para que vengan a ayudarme.

—Sí..., sí, Vin, voy..., voy a...

Luke salió corriendo del establo, aullando como enloquecido.

—¡Los ha matado! ¡Vin los ha matado a las tres! ¡Están en el establo, muertos...! ¡Vin los ha matado!

En el establo, el *sheriff* de Uvalde torció el gesto, y se desplazó, para examinar a los otros dos asesinos. Éstos sí estaban muertos, ciertamente.

Cuando se incorporó, Mae estaba en la puerta del establo, mirándolo, y, de pronto, echó a correr y se abrazó a él, temblando. Vin Vrain comprendió que no era momento de apartarla, y la aceptó contra su pecho, acariciándole lentamente los rojos cabellos. Mae hipaba profundamente, con un desconsuelo terrible.

Charles Lester, con su placa de ayudante al pecho, apareció también, y se quedó clavado en el suelo. Durante unos segundos, su boca se abrió y se cerró, en vano intento, hasta que por fin pudo musitar roncamente:

—Vin, no sé..., no sé lo que me ha pasado... Los pies parecían estar clavados al suelo... Quería venir, pero mis pies...

—Te entiendo, Charlie... —dijo casi amablemente Vrain—. Pero si alguna vez piensas ocupar mi puesto, será mejor que aprendas lo más pronto posible a despegar los pies del suelo..., en todo momento.

—Sí... Sí, Vin...

—Ocúpate de esto. Voy a llevar a Mae al Lucky-Lucky.

Le pasó un brazo por los hombros, y la sacó del establo. Afuera, el cerco de excitados curiosos se apartó rápidamente, dejando vía libre para el *sheriff* de Uvalde y la corista más linda de muchas, muchas millas a la redonda.

Poco después, en la habitación de Mae de nuevo, Vin Vrain escancié *whisky* de una de las botellas del aparador en un vaso, y lo tendió a Mae, que estaba sentada en el sofá, como hipnotizada.

—Toma. Es mejor que bebas un buen trago.

Ella tomó el vaso con mano temblorosa, bebió, y luego alzó sus ojos hacia el *sheriff*.

—Eres..., eres un loco... —jadeó—. Pudiste esperar a reunir varios hombres que...

—No había tiempo. Ellos habrían montado, habríamos tenido que perseguirles... ¿Para qué molestarse tanto?

—Estás loco... —insistió ella—. Cualquiera, día, te matarán del modo más estúpido, por esos ramalazos de genio...

—La sangre no es agua —replicó Vrain—. Además, había dos motivos muy poderosos para que yo actuase así, Mae. Uno de ellos, que soy el *sheriff* de Uvalde. El otro, que Jonah era un buen amigo, al que todos queríamos. ¿Cierto?

—Sí... Cierto, pero...

Vincent Vrain se dirigió a la puerta, la abrió, y se volvió, según su costumbre.

—No olvides que a las doce vendré a echar un vistazo a tu ruleta.

CAPÍTULO III

El doctor Smithers salió del departamento de celdas, y se colocó junto a Vrain, que dejó de consultar el montón de pasquines y lo miró expectante.

—¿Qué? —se interesó.

—No es nada. Ha tenido suerte. Las esquiras han rozado su cara y su cuello; mucha sangre, pero nada. Le he vendado la cabeza, y no creo que haya, complicaciones... Al menos, en ese sentido.

—¿Qué quiere decir?

Smithers señaló hacia la ventana de la oficina, a través de la cuál llegaba un rumor rugiente de voces.

—Querrán lincharlo, Vin —dijo.

—Ah... Bien, deje eso de mi cuenta.

Smithers asintió con la cabeza, pero se quedó inmóvil contemplando a aquel hombre que, normalmente, parecía de hielo. Por su parte, Vrain volvió a dedicar su atención a los pasquines, de modo que el médico comprendió que la conversación, de momento, había terminado.

—Hasta luego, Vin —se dirigió hacia la puerta.

—Hasta luego.

Cinco minutos más tarde, cuando Vrain guardaba los pasquines, al parecer decepcionado porque ninguno de aquellos tres hombres estaba reclamado, Charlie Lester apareció en la oficina, procedente del departamento de celdas.

—Éste se llama Carpenter... Gene Carpenter. Los otros se llamaban Taffer y Kent.

—Está bien. Quédate aquí. Yo voy a echar un vistazo a la funeraria... Quiero que Jonah tenga un ataúd digno del aprecio que todos sentíamos por él —fue a la puerta, la abrió, y se volvió—. Charlie.

—¿Qué...?

—Cuidado con los de afuera. No te descuides.

—Sí... Tendré cuidado.

Vincent Vrain pareció vacilar. Por fin, cerró la puerta y caminó hasta el borde del porche. La masa de curiosos, que había enmudecido bruscamente,

lo contemplaba expectante, y un hombre preguntó:

—¿Es verdad que ese tipo sigue con vida, Vin?

El *sheriff* de Uvalde paseó su mirada por encima de todas las cabezas, y algunos tuvieron la impresión de que estaba pensando que le sería sumamente fácil cortarlas todas de un solo tajo.

—Volved a vuestras casas, o a divertirlos al Lucky-Lucky —dijo sosegadamente; y tras breve pausa, añadió—: No me obliguéis a disgustarme con vosotros.

Bajó los escalones y, como siempre, un ancho camino se abrió ante él.

Sólo un minuto más tarde, estaba contemplando el cadáver del viejo Jonah, en la funeraria, tendido en el suelo sobre unas mantas. Al su lado, el propietario miraba del cadáver al *sheriff* y viceversa.

—Phil.

—Sí, Vin.

—Vamos a hacerle un buen entierro a Jonah —musitó el *sheriff*—. ¿De acuerdo? Le enviaremos a boothill en el mejor de los ataúdes que tengas.

—Bien... Lo menos valdrá sesenta o setenta dólares, Vin... Es mucho dinero para mí...

—Lo pagaremos entre todos. No creo que nadie se niegue... Yo empiezo la suscripción con diez dólares.

Le tendió dos monedas de cinco dólares, y Phil las estuvo contemplando en la palma de su mano unos segundos. Sacó una moneda de cinco dólares y la unió a las de Vrain.

—Ya tenemos quince... —sonrió—. Apuesto a que recogeremos mucho más de setenta dólares.

—Seguro que sí. Encárgate de eso, ¿quieres Phil?

—Está bien. Ha sido una muerte estúpida, ¿verdad?

—¿Conoces alguna muerte violenta que no sea estúpida? —preguntó a su vez el *sheriff* de Uvalde.

Miró por última vez el arrugado rostro de Jonah, se puso el sombrero, y abandonó la funeraria. Miró hacia su oficina, y asintió con la cabeza al comprobar que los airados ciudadanos se habían retirado casi en su totalidad. Volvía la calma... al menos, de momento... y aparentemente.

Sacó su reloj del bolsillo de la cazadora, y, al mismo tiempo que lo sostenía, destrozado, entre sus dedos, se daba cuenta del agujero que tenía en el bolsillo. Durante unos segundos, estuvo perplejo, contemplando el estropicio. Cuando comprendió que el reloj había evitado que una esquirla de

metal o de plomo se clavase en su carne, hizo algo muy poco frecuente en él: sonrió.

—Es una lástima que el viejo Jonah no llevase diez o doce relojes — musitó.

Regresó a su oficina, y al verlo entrar, Charlie Lester se puso en pie, sin saber por qué; no estaba obligado a ello, ni mucho menos.

—Hola, Vin... Sin novedad...

—Bien. ¿Llevaban dinero esos tipos?

—Sí, sí, claro... Lo he puesto todo en este cajón...

Abrió el cajón indicado, y Vrain, tras acercarse a la mesa, contempló inexpresivamente los billetes y monedas. Calculó que no había allí menos de mil trescientos dólares, en total.

—No se puede decir que andasen en la miseria, ¿verdad? —comentó Charlie—. Hay más que suficiente para pagar el mejor de los ataúdes para Jonah...

—No. Eso lo pagaremos nosotros, Charlie. Estos tipos no tienen derecho a participar en la despedida de Jonah.

—No sé si te entiendo, Vin.

Éste encogió los hombros, tomó unos cuantos billetes y los tendió a su ayudante.

—Ve a lo de Geoffrey y dile que te venda un reloj para mí. Que sea lo más parecido, posible al que le compré hace un par de años. Le llevas el reloj a Fanny, le dices que no iré esta noche a cenar a su restaurante, y que por favor, me traiga la cena aquí... Y el reloj. Tú cenas allí y luego te dedicas a dar vueltas, con los oídos bien abiertos. ¿Lo entiendes, Charlie?

—¿Crees que intentarán algo más tarde?

—No lo sé. Pero si oyes o ves algo interesante, ven a decírmelo inmediatamente.

—Sí, Vin. Escucha, he estado pensando en lo de antes...

—Olvídalo.

Se sentó a la mesa, comenzó a liar un cigarrillo, y su ayudante comprendió que no había nada más que hablar.

A las doce menos cinco de la noche, Charlie apareció en la oficina, siguiendo las instrucciones recibidas durante su última presentación para informar a Vrain que no había novedad. Tampoco esta vez había novedad.

—Bueno, sí hay una... —rió Charlie—. ¡Todos parecen haberse vuelto locos, Vin! ¡Están ganando mucho dinero en la ruleta de Mae, y el *whisky* va corriendo como agua!

—Eso es bueno —aceptó Vrain.

—¿Bueno? —se sorprendió Charlie—. ¡Pero si tú detestas que la gente se emborrache y que...!

—Esta noche, no, Charlie. Esta noche, cuanto más beban, mejor: así se olvidarán del tipo que tenemos ahí dentro, y no habrá complicaciones mayores. ¿No te parece?

Charles Lester se mordió los labios.

—Maldita sea... —masculló, mohíno—. ¡No conseguiré nunca llegarte ni a las espuelas, Vin!

—Sólo es cuestión de ir viviendo... y pensando, Charlie. La vida y los pensamientos son los que más enseñan a un hombre. Bien..., ¿algo más, que sea interesante?

—No. Bueno, Mae no actúa esta noche.

—¿Por qué? ¿Se encuentra mal?

—Seguramente.

Vrain consultó su reloj nuevo, hizo un gesto, y se dirigió a la puerta. Esta vez no se volvió para hacer uno de sus comentarios o recomendaciones.

Lo primero que distinguió por entre el humo, al entrar en el Lucky-Lucky Saloon, fue el rostro lívido y sudoroso del croupier empleado de Mae Jarvis que manejaba la ruleta. El pobre hombre parecía estar al borde del desvanecimiento. Al verlo, lo llamó con los ojos, con expresión angustiada, y Vrain fue hacia allí, sin que nadie reparase en él, pues la fiebre del juego tenía a los clientes, sumergidos, como ciegos, en su noche de fortuna.

—¿Qué hay, Paul?

—Llevo..., llevo perdidos más de nueve mil dólares, *sheriff*. Estoy siguiendo instrucciones de Mae, pero es mucho dinero... Le he enviado recado de lo que ocurre, pero ella no quiere saber nada...

—Es una noche de mala fortuna para la casa, ¿verdad?

—Sí... Sí, sí, pero... Bueno, es que perder así...

—¿Así? ¿Cómo, Paul?

—Bueno... —enrojeció el croupier—. Vaya, nada...

—Ah. Bien, son las doce: quiero examinar la ruleta.

—¿De veras? —exclamó Paul.

—Es sorprendente que te alegres, ¿no crees? —lo miró irónicamente Vrain—. Bien, levanta esto, para que pueda echarle un vistazo a los mecanismos... ¡Señores! —alzó la voz—. ¡Apártense, por favor! ¡He tenido denuncias respecto a que la ruleta de Mae está trucada, y vamos a comprobar que...!

Un rugido de protesta brotó de la mesa de jugadores. El *sheriff* de Uvalde fue increpado furiosamente, hasta qué alzó las manos, pidiendo calma.

—Está bien, está bien... Entiendo que ustedes no desean que la ruleta sea examinada..., ¿cierto?

Un coro de voces dijo que sí, que cierto.

—En tal caso, los que presentaron denuncia deberán pasar por mi oficina a retirarla. Celebro mucho comprobar que todo se resuelve amistosamente. Sigán jugando —se inclinó hacia el croupier, y añadió, en voz baja—: Pero ahora, que se atengan a las consecuencias. Igual que tú, ¿lo entiendes?

—Sí... Sí, señor.

—Es la bola la que manda. Sólo la bola, Paul.

—Sí, señor, sí...

—No lo olvides nunca.

—No, señor.

Vrain se alejó de la mesa, directo a la escalera, y poco después entraba en el cuarto de Mae Jarvis. La vio en la cama, y se acercó lentamente quitándose el sombrero, dejando escapar sus largos cabellos rubios, rebeldes. Mae lo miraba fijamente, muy seria.

—Hola.

—Hola, Vin.

—¿Te encuentras mal?

—No.

—¿Entonces...?

—No me ha parecido decente actuar esta noche después de lo que le ha pasado al pobrecito Jonah... Era el que más silbaba, reía y aplaudía cuando yo salía al escenario. Siento mucha pena por él.

Vincent Vrain parpadeó. Luego se inclinó y besó a Mae Jarvis en los labios, sin prisa, con suavidad. Cuando se disponía a apartarse, ella lo retuvo, rodeándole el cuello con los brazos.

—Vin —susurró—: ¿significa esto que empiezas a quererme...?

—No, Mae. No. Siento afecto por ti, ya te lo he dicho esta tarde. Sólo eso.

—¿Crees que soy... o he sido una... mala mujer? —gimió ella.

—No creo nada. Y si te quisiera, no me importaría nada. No es eso. Eres muy bonita, sé que eres buena, no me importaría tu pasado, ni nada... Mae, simplemente, no eres la mujer que yo amaría. Y te aseguro que no es por nada especial.

—Está bien.

—Lo siento de veras.

—Estoy segura de que así es. ¿Cómo ha ido lo de la ruleta?

—Solucionado. Creo que muchos de los ambiciosos que hasta ahora han estado ganando, pagarán cara su codicia. Es muy posible que pierdas mucho menos de lo que temías, pero eso ya es cuenta de la ambición de cada uno. La avaricia rompe el saco, dicen...

—Vin, ¿no puedo hacer nada para que me quieras?

—Creo que no.

—Por favor... Por favor, dime que sí... Dime que puedo hacer algo... Lo que sea...

—No hay nada, Mae.

—Lo que sea... Vin, te amo tanto... ¡Pídeme lo que quieras! Yo lo haría todo por ti, todo... Incluso, daría mi vida...

Vincent Vrain hizo lo posible por no demostrar la impresión que le producían las palabras de Mae Jarvis, que él sabía sinceras.

—La vida es, en definitiva, lo único que tenemos, Mae. Será mejor que la emplees en algo más útil que darla por mí. Intenta dormir —fue a la puerta, la abrió y se volvió—. Mañana, con el sol, verás las cosas sin tanta tristeza.

CAPÍTULO IV

Lucía ya un sol de cien mil demonios cuando Charlie zarandó a Vincent Vrain, y éste se sentó rápidamente en el camastro que había en el pequeño cuarto de la *Sheriff's Office*.

—¿Qué pasa? —masculló.

—Son más de las once, Vin.

—Oh, bien... Me he dormido...

—Es lógico, teniendo en cuenta que has pasado la noche despierto por si ocurría algo. Pero no te despierto por capricho: hay dos tipos en la oficina que quieren hablar contigo.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Desde luego, no son gente pacífica.

Vin Vrain se quedó mirando fijamente a su ayudante. Parpadeó, por fin, y asintió con la cabeza.

—Ve con ellos. Y ten mucho cuidado, Charlie.

Éste salió del pequeño cuarto, y Vrain se puso las botas y se colocó el cinto con el revólver. Luego, se puso su cazadora con la placa prendida en el lado izquierdo; se alisó los largos cabellos, tocó brevemente el revólver, y salió.

Charlie estaba de pie junto a la silla. Delante de la mesa, dos hombres volvieron la cabeza al oírlo, y sus miradas se clavaron con dura expresión en el *sheriff* de Uvalde. Uno de ellos debía tener alrededor de treinta años. El otro, rebasaba los cincuenta, era barbudo, de ojos pequeños y feroces... Una sola mirada a sus rostros y a sus revólveres fue suficiente para que Vrain supiese a qué atenerse respecto a ellos. Pero, impávido, se acercó a su mesa, que quedó interpuesta entre los visitantes y él.

—Buenos días —saludó—. Soy Vincent Vrain, *sheriff* de Uvalde. ¿Querían ustedes verme?

El barbudo asintió con la cabeza.

—Usted tiene a mi hijo encerrado —dijo sordamente.

—¿Se refiere a Gene Carpenter?

—Sí.

—Bien... Es cierto. Pero, naturalmente, tengo mis motivos. Ayer por la tarde, su hijo y dos hombres más...

—Sabemos perfectamente, lo ocurrido —cortó el barbudo—. Nos hemos enterado de ello en el establo.

—Ya. En ese caso, señor Carpenter, no dudo que usted comprenderá que tengo motivos para tener encarcelado a su hijo.

—Es una contrariedad... —deslizó el barbudo Carpenter—. Verá cómo están las cosas: nosotros somos un grupo de diez hombres, que cabalgábamos cerca de Uvalde, camino de Santone. Decidimos acampar unas cuantas millas al Norte, y entonces, al repasar las provisiones nos dimos cuenta de que andábamos algo escasos. Mi hijo, y dos de nuestros amigos, decidieron venir a Uvalde a comprarlas... Cuando llegó la noche, y ellos no regresaron, supusimos que se habían quedado aquí a divertirse, y pensamos que regresarían al amanecer, para seguir nuestro camino. Usted ya sabe que a los muchachos les gusta divertirse...

—Lo entiendo muy bien... —asintió Vincent Vrain—. ¿Son ustedes el equipo de algún rancho?

—No exactamente.

—Ya.

—Como le decía, ellos no regresaron ésta, mañana, así que Conrad y yo —señaló a su acompañante con un pulgar— decidimos venir a ver qué ocurría. Lo primero que hicimos fue ir al establo, y allá hemos visto sus caballos, cargados con provisiones y bebida... Allá nos han contado lo sucedido.

—Entonces, usted ya sabe que se trata de un asesinato, señor Carpenter.

El barbudo se quedó mirando fijamente a Vrain, como esperando que éste bajase su mirada. Pero los transparentes ojos del *sheriff* de Uvalde permanecieron altos, siempre fijos en los de su interlocutor, atentos, tranquilos a la vez.

—¿Y eso qué significa exactamente? —preguntó al fin Carpenter.

—Significa, creo yo, que después de ser juzgado, su hijo será ahorcado.

—Supongo que no habla en serio.

—Pues supone muy mal. Lo lamento.

El llamado Conrad se movió, pero muy poco, porque la mano izquierda de Carpenter se posó en su brazo derecho, como una zarpa fortísima.

—¿Puedo ver a mi hijo? —susurró.

—Si dejan ustedes sus armas en esta mesa, no veo motivos para impedir tan lógico deseo.

Conrad hizo un gesto, pero Carpenter apretó más su mano, inmovilizándole el brazo derecho. Luego, lo soltó, y se desabrochó el cinto, que dejó sobre la mesa. Conrad emitió un sordo gruñido, y le imitó. Vrain fue adonde tenía colgadas las llaves de las celdas, tomó el manajo y abrió el departamento, atrayendo la pesada puerta con rejilla de tres barrotes. Hizo un gesto de invitación y Carpenter y Conrad entraron. Con un gesto, Vrain llamó a su ayudante, que se acercó velozmente.

—Charlie —musitó el *sheriff*—: toma un rifle, y sal al porche. Ten los ojos bien abiertos. ¿Entiendes?

—Sí, Vin.

Éste entró tras los dos hombres, y los vio ya pegados a los barrotes, conversando en susurros con Gene Carpenter, cuya cabeza parecía una bola blanca debido a los vendajes. El *sheriff* de Uvalde se apoyó con un hombro en la pared, cruzó los brazos, y sus ojos quedaron fijos en los tres hombres. No le importaba en absoluto lo que estuviesen hablando, quizá porque podía adivinarlo todo. No parecía probable que cualquier situación pudiese sorprender a Vincent Vrain.

El susurrado conciliábulo duró apenas tres minutos. Luego, Carpenter padre y Conrad se volvieron, y Vrain se apartó, para dejarlos salir. Los dos hombres le dirigieron una mirada de cálculo, como sopesando las posibilidades de intentar algo, pero, evidentemente, sus ánimos se enfriaron ante el larguirucho de los ojos claros.

De nuevo en la oficina, los dos hombres recuperaron sus armas, y, mientras se colocaba de nuevo el cinto, Carpenter murmuró:

—Es toda una contrariedad, sí... Mis hombres y yo queríamos llegar cuanto antes a Santone.

—Pueden ustedes seguir el viaje, y si me dejan su dirección con gusto les enviaré un telegrama informándoles de la fecha del juicio.

—Es usted muy amable —sonrió torcidamente Carpenter—. Pero el caso es que mis amigos y yo no quisiéramos seguir el viaje sin que Gene se viniese con nosotros.

—Temo que eso no podrá ser.

Carpenter se quedó mirándolo, con una sonrisa de ferocidad mal contenida.

—Quizá usted cambie de idea, *sheriff*... —deslizó—. Nosotros vamos a estar esperando por aquí hasta la puesta del sol. No tendrá dificultad en

encontrarnos.

—Lo sé. Pero ahorrarían mucho tiempo si siguieran su camino.

—A mis amigos y a mí no nos importará esperar, con tal de que Gene se venga con nosotros.

—Menciona usted mucho a sus amigos, señor Carpenter. Puede que sean diez, o más, o menos. Pero una cosa le aseguro: no es fácil asustarme a mí. Y si quiere un buen consejo, mida mejor sus palabras o usted irá a hacer compañía a su hijo.

Carpenter sonrió, mirando de arriba abajo a Vrain.

—Es usted un hombre duro, ¿eh?

—Tan duro como las circunstancias lo requieran. Lo justo en todo momento. ¿Algo más?

Hubo un largo cambio de miradas. Ferozmente sarcástica la de Carpenter. Indiferente la de Vincent Vrain. Por fin, sin añadir una sola palabra más, Carpenter se dirigió a la puerta, y salió, seguido de Conrad. Charlie, que había estado escuchándolo todo en el umbral de la oficina, se reunió con Vrain junto a la mesa.

—¿Ha estado amenazándonos, Vin? —preguntó con voz aguda.

El *sheriff* no contestó. Abrió un cajón de la mesa, sacó de nuevo el montón de pasquines, y se sentó, comenzando a pasarlos, sin prisa. Muy pronto se detuvo, fija la mirada en un pasquín.

—¿Te gustaría ganar tres mil dólares, Charlie? —musitó.

Éste respingó, miró el pasquín, y su rostro perdió el color. Allá estaba: Franklin Carpenter, reclamado por robo y asesinato... Tres mil dólares de recompensa, vivo o muerto.

—Demonios... —jadeó—. ¡Tres mil dólares! Una fortuna... ¿Qué vamos a hacer, Vin?

—No sé.

—Seguro que los amigos de Carpenter son toda una banda de forajidos...

—Eso por descontado —asintió Vrain—. Ya lo sabía, Charlie.

—¿Lo sabías? —se sorprendió su ayudante.

—Tan sólo a gente como ésa se le ocurre la... diversión de acribillar a un viejo borracho. Para hacer semejante cosa, hace falta estar desprovisto de entrañas, Charlie.

—Debe ser gente muy peligrosa... Y dijo que eran diez, me parece... Es muy posible que se atrevan a asaltar la oficina, ¿no te parece? Yo creo que deberías nombrar algunos alguaciles interinos por si...

—No. No haremos nada.

—¿Nada?

Vincent Vrain permaneció silencioso, pensativo, durante unos segundos. Luego, movió negativamente la cabeza, insistiendo:

—Por ahora, nada. ¿Sabes ya cuándo vamos a enterrar a Jonah?

—Esta tarde, a las cinco.

—Bien... No quisiera dejar de asistir. Ve a buscar al alcalde, y dile que tenga la amabilidad de venir. Envíame también a varios hombres que estén dispuestos a jurar al cargo provisional.

—¡De acuerdo! —exclamó Charlie, corriendo hacia la puerta.

* * *

Veinte minutos más tarde, el alcalde Vanish, y nueve hombres de Uvalde, estaban al corriente de la situación, tal y como la veía Vincent Vrain; punto de vista que, desde luego, nadie se atrevió a discutir. Si Vrain decía blanco, es que era blanco.

—¿Y qué has pensado, Vin? —preguntó el alcalde, al fin.

—Lo primero de todo, ellos —señaló a los que se habían ofrecido como ayudantes interinos— jurarán el cargo, y se quedarán en todo momento cerca de la oficina, armados. Después, salvo que esa gente nos busque complicaciones, no haremos nada hasta después de haber enterrado a Jonah.

—¿Y luego?

—Luego, iré a detener a Franklin Carpenter. Si lo mato, lo enterraremos con los dos hombres de ayer. Si él prefiere entregarse lo llevaremos con su hijo a Crystal City, al penal.

Sus palabras ni siquiera fueron frías: más bien, indiferentes, como si estuviese anunciando proyectos infalibles o normales. Pero los que le escuchaban tuvieron, por un instante, una sensación de frío en la espalda.

Por fin, uno de los ayudantes propuestos musitó:

—No será fácil llevar a los Carpenter a Crystal City, Vrain. Sus amigos que están cerca de aquí esperando...

—Ya cuento con eso.

—De todos modos..., ¿por qué llevarlos a Crystal City? —se opuso el alcalde—. Se les puede juzgar aquí, y...

Se detuvo de pronto, y Vrain lo miró con amable ironía.

—¿Y...?

—Nada —farfulló Vanish—. Olvidaba que el juez Granston está ausente, y que tardará no menos de tres semanas en volver.

—Exacto. Hay otra cuestión, además. Esta oficina —hizo un amplio ademán— y las celdas, no son todo lo seguras que requiere el caso. Tendríamos que vigilar esa puerta y la de atrás, la del departamento de celdas. Y sobre todo, está el hecho de que un asalto de esa gente ocasionaría víctimas innecesarias... De ningún modo estoy dispuesto a correr ese riesgo. Lo mejor es llevar a los Carpenter... o al que quede vivo de ellos, al penal de Crystal City. Dudo mucho que se atreviesen a asaltarlo.

Hubo alegres sonrisas de aprobación, hasta que uno de los futuros alguaciles deslizó:

—¿Y quién llevará a los Carpenter a Crystal City?

Fue como un tonel de agua fría sobre todas las cabezas..., excepto sobre la de Vincent Vrain, que miró al hombre con un gesto casi socarrón.

—Ustedes —dijo—. Ustedes, los alguaciles interinos... No se pongan nerviosos: lo que quiero decir es que todos creerán que los llevan ustedes.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Vamos a buscar un carro cerrado, fuerte y grande. Cuatro de ustedes se meterán dentro sin que los vea nadie. El carro será traído delante de mi oficina, y sacaremos a los Carpenter como si quisiéramos que nadie los vea. Entrarán en el carro, y quedarán bajo las armas de los cuatro que estén ya dentro del carro. Los demás, irán cabalgando a los lados, hacia Crystal City. Lo más probable es que no se atrevan a atacarlos, pero, si lo hiciesen, se meten todos dentro del carro, y dudo mucho que consigan herir a uno solo de ustedes. Eso aparte de que pueden amenazar con matar a los Carpenter, o al que quede, si insisten en atacar.

—Eso está muy bien —aprobó Charlie entusiasmado—. ¡Está muy bien, Vin, de veras!

—Sólo hay un detalle que nadie deberá saber: los que irán en el carro no serán los Carpenter. O el que quede de ellos —Vrain miró a su alrededor, flotando en sus labios una seca sonrisa—. Yo me encargaré de llevarlos a Crystal City, de noche, sacándolos por la puerta de atrás de las celdas. Ya sé que es un... truco muy viejo, pero suele dar resultado.

—Pero no veo la necesidad de hacerlo —opuso Vanish.

—Yo, sí. Si los atacan a ellos, los dos hombres que pasarán por los Carpenter, serán más ayuda para rechazar a sus amigos. Y si por cualquier circunstancia, consiguieran llegar al carro, se encontrarían con que los Carpenter no estaban allí... Nada ni nadie me impedirá poner a Gene Carpenter en manos del verdugo —acabó duramente—. Ahora, los que no acepten mi plan, pueden marcharse.

Hubo un largo silencio, hasta que uno de los hombres, musitó.

—¿Cuánto cobraríamos por esto, Vrain?

—Cincuenta dólares cada uno.

Por encima de la exclamación de alegre codicia ante cantidad tan fabulosa por un trabajo de esa clase, se oyó el aullido del alcalde Vanish, que había palidecido.

—¡Cincuenta dólares! —gritó—. ¡Es imposible, Vin! ¡De ninguna manera el Ayuntamiento puede pagar cantidad semejante...!

—Yo la pagaré —dijo Vrain.

Abrió el cajón, sacó el dinero requisado a Carpenter, Kent y Taffer, y fue haciendo montoncitos de cincuenta dólares con monedas y billetes. El resto, lo volvió a guardar en el cajón. De otro, sacó un montón de placas, y fue colocando una sobre cada montoncito de dinero. Por fin, paseó la mirada a su alrededor y musitó:

—Pago por adelantado. ¿Alguien quiere jurar el cargo?

Un minuto más tarde, tras el juramento en bloque, Uvalde contaba con nueve alguaciles más, a las órdenes del *sheriff* Vincent Vrain.

—Nos reuniremos aquí antes del entierro de Jonah, porque algunos tendrán que quedarse vigilando las celdas. No exhiban sus placas demasiado hasta entonces. Charlie, tú quédate.

Cuando quedaron solos, Charlie susurró:

—Es muy arriesgado lo que quieres hacer, Vin.

—No demasiado. Cuento con dos pequeñas ventajas. Una, que no sabrá nadie, o casi nadie, que soy yo quien llevará a los Carpenter a Crystal City. Dos, que si me atacan, lo primero que haré, y no será sin avisar a los amigos de los Carpenter, será volarles la cabeza a los dos.

Charles Lester se estremeció.

—Eres... implacable, Vin. Y creo..., creo que el mejor *sheriff* de toda Texas.

—Más o menos —lo miró Vrain, con condescendiente amabilidad—. Te he dicho que te quedaras porque quizá tú también quieras cincuenta dólares.

—¿Yo?

—No me parece justo que unos cuantos hombres contratados provisionalmente cobren esa prima y tú, que siempre estás sirviendo a la ley, no cobres lo mismo.

Charlie se pasó la lengua por los labios.

—¿Tú vas a apartar algo para ti? —musitó.

—No.

—Bueno... Entonces, yo tampoco quiero nada, Vin.

Éste acabó de cerrar el cajón, se puso en pie, palmeó un hombro de su ayudante, y se dirigió hacia la puerta. La abrió y se volvió.

—No te descuides, Charlie: Yo voy a dar una vuelta por ahí, y a ver si está listo el ataúd de Jonah. Espero que sea digno de la amistad y el cariño que todos le teníamos.

* * *

Era, en efecto, un hermoso ataúd, forrado de negro. Pero, a fin de cuentas, un ataúd, que, como comentó alguien, era el único traje que él no quisiera estrenar nunca. Luego, cuando después del breve responso del pastor Higgins, cayó sobre la negra tela la primera paletada de tierra, con sonoro crujido, hubo un estremecimiento general. La actitud de todos era sombría. Ciertamente, Jonah había sido un borracho, un viejo inútil, pero... Con seguridad, en las mentes de todos estaban no sólo los recuerdos de los chistes y divertidas borracheras, del viejo, sino su último aspecto, tendido sobre el polvo, completamente ensangrentado...

Cuando ya estuvo colocada la cruz, Mae Jarvis, vestida decentísimamente, tiró de una manga de Vincent Vrain.

—Vin... ¿Nos vamos?

El *sheriff* de Uvalde alzó la cabeza, la miró y luego miró a los demás, que se alejaban. Estaban los dos solos ante la tumba de Jonah.

—Sí —asintió, con voz apenas, audible—. Nos vamos... Éste no es sitio para conversar.

Mae se tomó de su brazo, y comenzaron a caminar por entre las tumbas, hacia la salida del cementerio.

—Es un lugar hermoso —dijo ella, de pronto.

—¿Te refieres al cementerio?

—Claro.

—No digas tonterías.

—¿Por qué te parecen tonterías? Hay paz, hay sol, hay quietud, flores... y se oye a veces, el canto del viento al filtrarse entre los cipreses... No hay duda, es un lugar hermoso.

—Bueno —encogió Vrain los hombros—. No es que la vida me parezca maravillosa, pero preferiría tardar mucho tiempo en venirme a... gozar de esta paz y del canto del viento entre los cipreses... ¿Cómo estás hoy?

—Deprimida. Pero sigo amándote.

Vrain no contestó. Fueron hacia el calesín de ella y la ayudó a subir.

—Adiós, Mae.

—¿No vienes?

—No.

—¿Vas a regresar a pie pudiendo venir conmigo?

—Lo mejor que puedes hacer es encerrarte en tu habitación hasta que todo haya terminado.

—¿A qué te refieres?

—Tengo que ir a detener a un hombre... que no está solo. Y presiento que tendré que pelear contra él y su amigo. Las balas nunca saben adónde van, Mae.

—Supongo que también esta vez querrás hacerlo solo.

Vrain asintió con la cabeza, se acercó al arbusto donde había colgado su cinto con el revólver, y se lo abrochó. Mientras tanto, miraba hacia el pueblo, frunciendo el ceño: un jinete llegaba desde allí, a todo galope...

Y segundos después, Charlie desmontaba de un salto junto a Vrain, exclamando:

—¡Se han ido, Vrain!

—¿Quiénes se han ido?

—¡Carpenter y el tal Conrad! Estuvieron tomando unos tragos por ahí, sin que yo les perdiese de vista. De pronto, fueron al establo, salieron montados, y se alejaron hacia el Norte.

Vincent Vrain se quedó mirando ceñudo, a su ayudante.

—¿Has dejado marchar a un hombre reclamado por la ley, Charlie?

—Pe-pero tú..., tú dijiste que... que irías en persona a detenerlo, y... y yo... Bueno, no supe qué hacer...

—¿Sentiste tus pies clavados en el suelo, Charlie?

—No..., no sé, Vin... ¡No lo sé!

—¿Sabes lo que significa la marcha de esos dos hombres?

—No sé... No sé, no... Quizá tuvieron miedo de ti...

—Tonterías. Esa clase de gente no tiene miedo a nadie... No ha sido por eso. Han ido a reunirse con los demás, esperarán que pase el carro, y lo atacarán, o prepararán alguna emboscada. Debería enviarte en el carro, Charlie.

—Pues hazlo, si quieres —aceptó Charlie, desabrido. Vincent Vrain frunció aún más el ceño.— Charlie: eres un buen muchacho, pero quizá deberías buscar un empleo distinto. Éste no es trabajo para ti. Por tanto, te

diré una cosa: el día en que yo decida retirarme, no cuentes con mi apoyo para ocupar mi puesto. No sirves, ¿entiendes?

—Ya sabía que pensabas eso de mí —gruñó Charlie.

—A decir verdad, aún tenía esperanzas. Pero, no. Ya no. Será mejor que vayas a esperarme a la oficina, para prepararlo todo para esta noche.

Se desentendió de él y subió al calesín de Mae, tomando las riendas. Cuando volvió a mirar a Charlie, éste partía ya de regreso a Uvalde.

Mae comentó:

—¿No has sido demasiado duro con él, Vin?

—Sí. Lo sé.

—¿Por qué? Es diferente a ti... Es un poco más joven, no tiene tu experiencia, ni tu dureza, ni tu valor, ni tu rapidez... No todos los hombres pueden tener la suerte de ser como tú. Si Charlie y tú tuvierais que pelear a revólver, podrías matarlo mil veces antes de que consiguiera mover un dedo... No puedes exigirle que haga lo mismo que harías tú.

—Lo hago por su bien.

—¿Por su bien? ¿Qué bien puedes hacerle exasperándolo así? No conseguirás que cambie, creo yo.

—Desde luego. Pero quizá consiga hacerle comprender de una vez que él no sirve realmente para esto. Entonces, buscará otro empleo y es seguro que vivirá muchos años.

Mae Jarvis miró asombrada a Vrain. Luego, se mordió los labios, antes de murmurar:

—Perdóname.

—No te preocupes, nadie puede entenderlo, todo, Mae.

—Al parecer, tú sí. No eres un hombre fácil de tratar, Vin.

—¿Te parezco... antipático, adusto, grosero, quizá...?

—No, no, no... ¡No! Eres tan amable..., tan tranquilo y cortés... Pero no es posible saber nunca lo que piensas, o lo que pretendes. De los demás hombres, me basta un gesto para saber lo que están pensando o tramando. Pero contigo... No sé, Vin. Generalmente, te las arreglas para demostrar, del modo más inesperado, que eres mejor que los demás, en cualquier terreno. Pero sólo cuándo es necesario tu superioridad... ¿Y sabes por qué, Vin?

—No. ¿Por qué?

—Porque en el fondo, eres todavía bueno y generoso como un niño.

Vincent Vrain dejó estupefacta a Mae Jarvis, al reír por primera vez desde que lo conocía. Una carcajada clara, fuerte, limpia, sorprendente, que transformó el duro semblante del *sheriff* de Uvalde.

—Mae —exclamó éste—. ¡Guárdate muy bien de los niños como yo! De veras: es un buen consejo.

CAPÍTULO V

Hubo un silencio hostil cuando apareció el hombre de la cabeza vendada. Vincent Vrain lo llevaba de un brazo, hacia la parte trasera del sólido carro cerrado que había sido elegido para transportar al preso, el cual llevaba ambas manos sujetas por unas esposas.

Alrededor del carro había cuatro de los alguaciles interinos contratados aquella mañana. Otros cuatro estaban escondidos en la oscuridad del carro. Y el último era precisamente el que, llevando la cabeza vendada, hizo creer a todos que se trataba del auténtico Gene Carpenter, el único de los asesinos del viejo Jonah que quedaba con vida. Había sido imposible ocultar la marcha del prisionero hacia Crystal City, de modo que muchísima gente, hoscos, sombríos, todos, asistían a la escena. Desde el porche, rifle en mano, Charles Lester, el ayudante de Vrain, seguía las instrucciones de éste, vigilando alrededor, hacia todas partes, por encima de las cabezas de los allí reunidos.

Pero nada peligroso sucedió. La presencia del, al parecer, indiferente Vincent Vrain era suficiente para calmar todos los ánimos. Todos conocían muy bien al *sheriff* de Uvalde.

Y quizá por eso, no faltó quien dejó de extrañarse de que no se encargase él mismo de la conducción del prisionero. No se sabía cómo, había corrido la voz de que algunos amigos de Gene Carpenter no estaban dispuestos a permitir que éste llegase a Crystal City para ser juzgado y ahorcado, de modo que el hecho de que el peligroso Vincent Vrain no se hiciera cargo personalmente de aquella conducción tenía perplejos a los que eran capaces de pensar.

Sin novedad alguna, el preso fue introducido en el carro. Uno de los alguaciles subió al pescante, los demás montaron en sus caballos, y la comitiva se puso en marcha, contemplada por Vrain desde el porche, hasta que hubo desaparecido por la punta Norte de Uvalde, como dirigiéndose a las estrellas que llenaban el cielo tejano.

Entonces, el *sheriff* y su ayudante entraron en la oficina. Vrain se sentó ante su mesa, sacó la bolsita de tabaco, lió un cigarrillo, y miró a Charlie, que

lo contemplaba de pie ante él.

—Todo normal, Charlie —dijo—. Toma un rifle y date una vuelta por ahí, como siempre. Supongo que mantendrás la boca cerrada.

—Espero saber hacer eso —masculló Charlie.

Vrain lo miró sonriendo.

—Tómate las cosas con calma —aconsejó—. Sabes que te aprecio, ¿no es así?

—No estoy bien seguro de ello.

—¿Por qué? —se sorprendió Vrain.

—En ocasiones me tratas como si yo fuese un pobre estúpido.

Vrain asintió, conciliador.

—Lamento lo de esta tarde —se disculpó—. No debí hablarte de aquel modo delante de Mae. Especialmente, delante de Mae.

—¿Qué quieres decir? —se alteró el rostro de Charlie.

—Nada.

—Has querido decir algo. Y tengo derecho a saberlo.

—Está bien. No hace falta ser demasiado listo para comprender que Mae... te llama la atención.

—¿Te has dado cuenta? —susurró Charlie.

—Lo sospechaba —sonrió Vrain—. Ahora, lo sé con toda seguridad. Te deseo suerte; Mae es una buena chica, Charlie.

Éste se quedó unos segundos mirando al *sheriff*. De pronto, fue al armero descubierto, tomó uno de los rifles, se aseguró de que tenía la correspondiente carga, y miró de nuevo a Vrain.

—Tan buena chica que siempre sabrá escoger lo mejor para ella —murmuró—. Y lo mejor, mientras tú estés en Uvalde, no seré yo, desde luego. Donde tú estés, Vin, no es fácil que nadie pueda adelantar una sola pulgada de terreno en nada.

—Me gustaría poder decirte que me marcharé pronto de Uvalde, pero no veo por qué he de hacerlo. Por otra parte, Charlie, cada uno debe conseguir sus victorias por sí mismo, no aprovechando los fracasos o ausencias de los demás. Cada persona es como es. Yo no tengo la culpa de ser como soy, del mismo modo que tú no la tienes de ser como eres. Pero si me permites un consejo, te diré que deberías buscar el mejor modo de sacar partido de ti mismo, de acuerdo a tus verdaderas y propias posibilidades.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo he dicho. No quieras ser como tal o cual persona... Sé tú mismo, admite tus limitaciones, y busca un modo de vivir de acuerdo con ellas. No

porque yo sea un *sheriff* eficaz tú has de esforzarte en convencerte a ti mismo de que también podrías serlo... Ya te lo he dicho: cada persona es como es, cada uno tenemos nuestras limitaciones.

—¿Cuáles son tus... limitaciones?

Vincent Vrain parpadeó.

—No lo sé, Charlie: todavía no he llegado a ellas.

—Naturalmente. Parece que tú piensas mucho, Vin. Pero yo también sé hacerlo. Y he llegado a una conclusión.

—¿Sí?

—Sí. Pienso que porque haya tipos muy listos, no significa que los demás sean tontos. Puede que yo no fuese tan buen *sheriff* como tú, pero tampoco se me podría considerar un inútil. ¿No te parece?

El *sheriff* de Uvalde reflexionó unos segundos. Por fin, encogió los hombros.

—Es posible, Charlie. Pero hablaremos de eso a mi regreso de Crystal City. Ve a hacer tu ronda, durante un par de horas. Luego, llévame los caballos a la parte de atrás, pero tú ven a entrar por delante...

—Conozco muy bien todo el plan —replicó Charlie.

Salió de la oficina, dejando a Vrain pensativo. Por fin, volvió a encogerse de hombros, y continuó fumando. Cuando terminó el cigarrillo, entró en el departamento de celdas, y se detuvo delante de la que ocupaba Gene Carpenter. Éste alzó la vendada cabeza, y sus ojos se clavaron en los del *sheriff*. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada.

Por fin, Vrain deslizó:

—Saldremos de aquí dentro de un par de horas, Carpenter. Nos vamos a ir usted y yo, solos, hacia Crystal City; pero no por el camino de la diligencia, sino remontando el Nueces junto a la orilla derecha.

—Usted está loco —rió entre dientes Carpenter.

—Es posible —admitió Vrain—. Pero voy a decirle algo para que no se llame a engaño: tengo una vista perfecta, incluso de noche y una puntería yo diría que muy buena. Al menos, tengo la vista y la puntería suficiente para, pase lo que pase durante el camino, impedir que usted salga vivo de este asunto. ¿Está claro?

—Sí.

Vrain asintió con la cabeza, y abandonó las celdas.

Un par de horas más tarde, reapareció, acompañado de su ayudante. Abrió la puerta de la celda, e hizo señas a Carpenter para que saliera. El asesino no se inmutó cuando el *sheriff* ató sus manos una con otra, por delante del

vientre, mientras Charlie no le perdía de vista. Luego, Vrain colocó alrededor del cuello y rostro de Carpenter una vieja bufanda de lana, enorme, y por último le puso el sombrero.

Le hizo una seña a Charlie, y éste fue hacia la sólida puerta de atrás, la abrió, y se asomó unos segundos. Afuera, reinaba el silencio y la oscuridad salpicada de estrellas. Charlie se volvió, haciendo una seña, y Vrain empujó a Carpenter con la palma de la mano derecha; en la izquierda llevaba un rifle. Antes de salir, tendió la diestra a su ayudante, sonriendo a, medias.

—Hasta la vista, Charlie.

—Adiós —musitó éste.

Vrain salió en primer lugar, se aseguró por sí mismo de que no había nadie por allí, e hizo salir a Carpenter. Se alejaron caminando hacia campo abierto, hasta llegar a las ruinas de una casa de adobes, junto a un grupo de álamos. El cielo estaba lleno de estrellas, y se oía el canto de numerosos insectos, monótono, interminable.

Una sombra destacó entre los derruidos muros, y en el acto, se oyó el ludir del acero contra el cuero de la funda de Vrain. El revólver quedó apuntando a aquella sombra, que se apresuró a advertir, con sobresalto:

—¡Soy Vanish!

—¿Qué hace aquí? —gruñó Vrain, guardando el revólver.

—¿No te lo ha dicho Charlie? Nos vimos antes, y le dije que yo vendría a cuidar los caballos hasta que llegases...

—No me ha dicho nada. Bien, ya no importa. ¿Todo bien?

—Seguro que sí, Vin.

Éste fue hacia uno de los caballos, descolgó el lazo y se volvió hacia Carpenter.

—Monte.

Gene Carpenter obedeció en silencio. No parecía en absoluto preocupado, aunque, de haber habido alguna expresión en su rostro, habría sido imposible captarla, debido a la oscuridad, y sobre todo al vendaje. Se asió con ambas manos al pomo de la silla, y montó ágilmente. Vrain le ató sólidamente los pies, uno a otro, pasando la sogá por el vientre del caballo.

Por fin, se volvió hacia el alcalde, que le tendió la mano.

—Mucho cuidado, Vin —murmuró Vanish—. Y mucha suerte.

—Hasta la vuelta —dijo Vrain.

Tomó el extremo de la sogá atada al bocado del caballo que montaba Carpenter, montó él, y dio un suave taconazo a su caballo... Segundos

después, los dos jinetes habían sido tragados por la oscuridad manchada de miles de estrellas.

Tenían ante ellos una jornada de cincuenta millas.

CAPÍTULO VI

Dos horas más tarde, Vincent Vrain detuvo de pronto su caballo, y quedó inmóvil sobre la silla, atento. Muy atento... Había tantas estrellas en el cielo negrísimo que se podía ver perfectamente la corriente del río Nueces, mansa, oscura, deslizándose poco menos que en silencio, en dirección paralela a ellos, también hacia el Sur.

Las estrellas, se multiplicaban sobre las aguas, y parecían partirse cada una de ellas en cientos de pedazos, produciendo una iluminación aceptable..., pero inquietante.

Vincent Vrain no se había equivocado: en el silencio, volvió a oír el aullido de un coyote. Y segundos después, oyó otro aullido, como respuesta, al otro lado del río.

Desató el extremo de la cuerda del pomo de su silla, y, sin soltarla, se acercó al caballo que montaba Gene Carpenter. Éste volvió la cabeza cuando Vrain se puso a su lado, y se dedicó a soltar la cuerda que sujetaba sus piernas bajo el vientre del caballo.

Cuando terminó, su voz fue apenas un susurro:

—Desmonte —ordenó.

Carpenter obedeció; en silencio. También permaneció en silencio e inmóvil cuando Vrain le ató el extremo de la soga alrededor del cuello, no en un lazo corredizo, que pudiese aflojarse, sino con varios nudos fijos, que quedaron pegados a la nuca del asesino. Luego, el *sheriff* de Uvalde soltó el otro extremo de la soga del bocado del caballo de Carpenter, y fue a atarlo al pomo de su silla de montar.

Se acercó de nuevo al inmóvil Carpenter, y dijo:

—Ahora irá usted delante. No tengo la menor duda de que conoce el camino hacia Crystal City. ¿De acuerdo?

—No tiene derecho a llevarme así —gruñó Carpenter—. Me está tratando como si fuese una bestia.

—En efecto —asintió Vrain—. Y hablando de bestias: si uno sólo de esos coyotes que nos van rodeando, se acerca a nosotros, le volaré la cabeza,

Carpenter. Si no tuviese tiempo de hacerlo, mi caballo se encargaría de usted.

—No sé de qué está hablando.

—Los dos sabemos muy bien que esos aullidos no los ha emitido un coyote... Al menos, un coyote auténtico. Si me atacan, lo mataré en el acto, Carpenter. Si no puedo hacerlo, mi caballo se alejará a todo galope, arrastrándolo a usted, destrozándolo contra las peñas... y hasta es posible que, además, lo ahorque.

—Usted está...

—Cierre la boca. Y monte. Seguimos el viaje.

Carpenter volvió a montar, y Vrain hizo lo propio. Lejos, por delante, volvió a oír el aullido de un coyote, que le hizo sonreír duramente. Dio un suave tirón a la soga que pendía del cuello de Carpenter, y éste taconeó a su caballo.

De nuevo en marcha.

Ya no tan tranquilamente, puesto que Vrain iba pensando que algo había fallado. Franklin Carpenter sabía que su hijo no iba en el carro. ¿O aquellos aullidos eran de auténticos coyotes, con lo cual él se estaba equivocando? Ojalá. Porque si no era así, aquel viaje bajo las estrellas no iba a ser nada fácil... para nadie.

Un par de millas más abajo, volvió a oír el aullido de un coyote... seguido de un grito de espanto, que llegó nítidamente hasta él. Casi enseguida, oyó los dos disparos de carabina, efectuados al parecer, en el mismo sitio donde había resonado el grito.

Vrain sacó el rifle de la funda, ya desmontando, y saltó alejándose de su caballo, que permaneció inmóvil. El *sheriff* de Uvalde quedó acuclillado de espaldas a una roca, inexpresivo el rostro; pero sus ojos se movían en todas direcciones, sus oídos estaban atentos. Estaba seguro de que alguien había gritado, y, por el tono de voz, y el miedo que vibraba en ella, sólo podía ser una mujer...

De pronto, a escasa distancia, distinguió el rojo resplandor de una fogata, muy cerca de la orilla del río. Y a los pocos segundos, otro disparo de carabina, seguido en el acto del tremolante aullido de un coyote.

Vrain miró hacia Carpenter, y movió el rifle, que reflejó estrellas en el cañón.

—Vaya hacia allí, Carpenter.

Éste obedeció. Dirigió su caballo hacia la fogata, llevando detrás el del *sheriff*, al pomo de cuya silla de montar seguía unido por la soga que rodeaba su cuello. Vincent Vrain fue tras él y un poco a la derecha, siempre

deslizándose por entre árboles y arbustos. Ciertamente, la oportunidad para que Carpenter intentase escapar era bastante buena, en apariencia. Pero Carpenter no quería correr ningún riesgo: tan peligroso era que Vrain le disparase, como que, si lograba escapar a sus disparos, el *sheriff* llamase a su caballo con un simple silbido; si hacía esto, Carpenter sería arrancado de la silla y arrastrado hasta Vrain por el caballo de éste...

Ninguna de las dos perspectivas debía gustar al asesino, que siguió cabalgando hacia la fogata, llevando siempre a su derecha a Vrain, invisible en la completa oscuridad creada por árboles y arbustos.

Desde luego Vincent Vrain no era ningún tonto.

Carpenter llegó muy pronto a plena luz de la fogata. Un poco más allá se oyó una exclamación de sobresalto, y Gene Carpenter gritó apresuradamente:

—¡No dispare, no dispare...! ¡Somos gente de paz!

Vrain se deslizó junto a unas rocas, y asomó la cabeza hacia el pequeño claro donde la fogata ardía exageradamente, con un gran montón de ramas encima. El resplandor debía verse en bastantes millas a la redonda... Casi enseguida, vio a la muchacha.

Vestía prendas masculinas, y estaba tirada en el suelo muy cerca de la fogata; empuñaba una carabina Marlin de cinco tiros, con la que estaba apuntando, nerviosa a Gene Carpenter, que había soltado las bridas de su caballo para alzar bien altas sus manos atadas.

—Tranquilícese... —insistió Carpenter, tensa la voz—. No debe esperar ningún mal de nosotros.

La muchacha se estremeció, y continuó apuntando a Carpenter, en silencio. Vrain se cobijó entre las rocas y dijo, calmamente:

—Será mejor que suelte la carabina, señorita.

Ella se revolvió hacia donde había sonado su voz, tan asustada que fue no poco meritorio por su parte contener su impulso de apretar una vez más el gatillo de la carabina. La fogata estaba a su espalda, de modo que Vrain no pudo verla el rostro. Sólo su silueta, recortada en rojo contra el fuego.

—¿Quién hay ahí? —casi gritó ella—. ¡Salga, o disparo...!

—No lo haga —pidió Carpenter—. Es un *sheriff*. Nos hemos acercado aquí para ayudarla... Cállese, por favor.

—Y tire su carabina hacia aquí —apoyó Vrain, sin dejarse ver todavía—. No vacile. Si quisiera hacerle daño, ya estaría hecho.

—¿Es usted un *sheriff*? —preguntó con voz aguda la muchacha.

—Sí. Y él es mi prisionero. Por favor, tire usted la carabina, señorita... Lejos del fuego.

La muchacha vaciló. Miró a Carpenter, miró, hacia el lugar donde brotaba la voz del hombre que no conseguía ver... De pronto, se inclinó y dejó la carabina ante sus pies...

—Ahora, empújela con un pie —insistió Vrain.

Todavía volvió a vacilar la muchacha, pero obedeció, acabando de incorporarse.

—Ya está —musitó.

—Ahora, apague el fuego. Quite toda esa leña, de modo que sólo queden unas brasas.

—¡No, no! ¡Hay coyotes por aquí, y si apago...!

—No se preocupe ya por los coyotes. Haga lo que le digo.

Una vez más vaciló la muchacha, pero de nuevo obedeció. Apartó la mayor parte de las ramas ardiendo, las pisoteó, y la iluminación decreció considerablemente.

Mientras tanto, Vrain iba mirando al escenario. Atado a un árbol había un caballo desensillado. La silla estaba en el suelo, entre unos arbustos, cerca de la fogata; también había una manta, y unas alforjas. Al parecer, la muchacha había acampado allí, y posiblemente estaba durmiendo cuando la despertó el aullido de un coyote... En el acto, ella había disparado su carabina, y luego había avivado el fuego, convencida de que así mantendría alejados a los coyotes. Cosa que, al parecer, no había conseguido por completo, pues había tenido que disparar otra vez, al parecer hiriendo a un coyote.

—¿Está... bien... así? —preguntó la muchacha.

—Si —asintió Vrain—. Ahora, vaya a desatar a mi prisionero. Es decir, desate el extremo de la soga sujeto al pomo de la silla de mi caballo. Luego, ate ese extremo al tronco de uno de los árboles más cercanos a la fogata. Luego, con su cuerda, ate las manos de mi prisionero a sus propios pies. Bien fuerte, por favor.

La muchacha obedeció punto por punto, no sin haber vacilado todavía otra vez. A medida que se movía, Vrain, siempre en su cobijo, iba viendo detalles de su rostro y de su cuerpo. Un cuerpo joven, elástico, muy bonito pese a las ropas masculinas.

Debía llevar los cabellos cortísimos, porque no se veían apenas bajo el sombrero, que debía haberse encasquetado por instinto al ser despertada. O quizá, buscando protección contra el frío de la madrugada; se había dormido con él, que era lo más sensato. Podía distinguir las orejas de la muchacha, y le pareció que tenía los ojos muy grandes.

—Ya... ya está atado... —dijo ella.

—Muy bien. Venga aquí. Por favor, no tema nada.

Ella se acercó, indecisa, y lanzó un grito de sobresalto cuando Vincent Vrain de pronto, se irguió ante sus muy abiertos ojos.

—No se asuste. Venga, siéntese aquí.

La tomó de un brazo, la hizo pasar entre las rocas y la sentó ante una de éstas, de modo que la luz rojiza de la fogata daba ahora de lleno en el rostro femenino. Los ojos parecían... Sí, azules. La boquita era redonda y dulce. Vrain calculó que la muchacha debía tener alrededor de veinte años... y se sorprendió a sí mismo lamentando tener ya casi treinta y cinco. Claro que no era una diferencia en absoluto importante... Y además, ¿por qué pensaba esto? Estuvo unos segundos como absorto contemplando los ojos de la muchacha, que brillaban con un reflejo rojo. Ella estaba haciendo lo posible por distinguir las facciones de Vrain, pero no parecía conseguirlo... ¿Por qué había pensado aquello?

—¿Quién... quién es usted...? —preguntó la muchacha.

—Vincent Vrain, *sheriff* de Uvalde.

—¿Y... y el otro...?

—Mi prisionero. Gene Carpenter: un asesino.

—¿Un... asesino?

—En efecto. ¿Y usted?

—¿Yo?

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Me llamo Mary Jane... Mary Jane Clayton... Me dirijo a Batesville.

—¿De dónde viene?

—De Cline.

—Ya. ¿Y viaja sola?

—Sí..., sola.

—Admiro su valor. ¿A qué va usted a Batesville?

—Voy a... ¿Tengo que explicárselo a usted?

—No, si no lo desea. Es curiosidad.

—Pero yo creo... que a usted no tiene por qué interesarle mis asuntos, señor Vrain.

—De acuerdo. ¿Tiene más armas, aparte de la carabina?

—No.

—Me ha parecido que cojeaba usted, al venir hacia aquí, al moverse... ¿Le ha ocurrido algo?

—Caí del caballo.

—Si la tiró, puede que tenga usted algún hueso roto...

—No me tiró. Me caí. Se rompió la cincha, y caí, eso es todo. Si no hubiera sido por eso, habría continuado hasta Batesville.

—Pudo usted arreglar eso utilizando su lazo de cáñamo.

La muchacha pareció quedar estupefacta.

—¿Cómo? —murmuró.

—Pudo sujetar la silla con la soga, ¿no?

—Pues... no se me ocurrió.

—¿Qué se le ocurrió, entonces?

—¿Qué quiere decir?

—No creo que le pareciera agradable la perspectiva de pasar la noche aquí, sola. ¿No se le ocurrió ningún modo de salir del apuro, y poder seguir el viaje?

—Preferí descansar, y mañana arreglármelas como pudiera... La verdad es que... sí me hice daño al caer. Me duele todo el cuerpo, y preferí descansar.

—Eso es sensato —admitió Vrain—. Pero sólo en parte. Debió arreglárselas para regresar a la ruta que une Crystal City y Uvalde. Alguien habría pasado, y podría haberla ayudado.

—Preferí quedarme aquí. Oiga, ¿por qué me hace usted tantas preguntas?

—Ya le he dicho que soy curioso.

—Pues a mí no me gusta que me hagan tantas preguntas.

—Lo entiendo —admitió Vrain.

—¿Y por qué no se deja ver? —protestó ella—. No me gusta hablar con personas a las que no veo los ojos, señor Vrain.

—Lo mismo me pasa a mí —musitó éste.

Adelantó el torso, y la luz roja de la fogata lo iluminó. Mary Jane Clayton respingó, y se quedó mirando como hipnotizada aquel rostro anguloso, viril, que parecía de piedra.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Vrain, socarrón—. ¿No le gustan mi cara o mis ojos?

—No... No es eso... No sé... Creí que era... de otra manera.

—¿De otra manera?

—Es que... por su voz... No sé, yo... yo creía que era más viejo, y más... más...

—¿Más agradable?

—No, no... Más... desagradable.

—Ah... Muchas gracias. Entiendo que mi rostro merece su... aprobación. ¿También mis ojos?

—Yo... no sé... No sé.

Quedaron silenciosos los dos. Ya no se oía ningún coyote. Vrain había vuelto a ocupar la zona de sombras, y podía mirar a su antojo a la muchacha sin que ésta pudiera verle a él. Sí. No debía tener más de veinte o veintidós años. Y era muy bonita. Pero, sobre todo, tenía en los ojos y en la boca la expresión que Vincent Vrain había estado esperando hallar en una mujer, sin saberlo. Y no podía haber sabido que aquella era la expresión, precisamente porque nunca la había encontrado. De todos modos, ¿qué expresión era la de Mary Jane Clayton? Dulce y serena, ahora que se la había pasado el miedo. Eso era: dulce y serena. La expresión que debía tener la mujer capaz de llenar la vida de un hombre, y no asustarse nunca por lo que pudiera sucederle a éste. La compañera ideal, capaz de ser toda ella dulce amor... o cabalgar quinientas millas detrás de hombre que amase.

—Sí.

Ésa era la expresión de Mary Jane Clayton. Claro que podía equivocarse, como con lo de los coyotes...

—¿Quiere que prepare café? —musitó ella, de pronto.

Vincent Vrain tardó algunos segundos en responder. Antes de hacerlo, miró hacia Gene Carpenter, que se había tendido de lado en el suelo, y parecía dormir.

—No, gracias.

Ella también había mirado hacia Carpenter, y preguntó:

—¿Qué le ha pasado a ese hombre? Lleva toda la cabeza tan vendada que...

—No es nada. Heridas sin importancia. Le reventó un revólver en la mano.

—¡Oh! Entonces, habrá quedado... muy desfigurado...

—No creo. Poca cosa. Estoy pensando que él y yo debemos continuar nuestro camino, señorita Clayton. Pero no quisiera hacerlo dejándola en esta situación.

—No se preocupe por mí.

—¿De veras no siente temor?

—No. Me sobresalté cuando desperté al oír los coyotes, pero ya pasó. Creo que herí a uno de ellos. Espero que no vuelvan...

—Puedo arreglar su silla de montar y, si realmente está usted bien, nos iremos.

—Ya le he dicho que no se preocupe por mí. Pero si puede solucionarme lo de la silla, se lo agradeceré.

—Lo intentaré. Vaya a buscarla. Y tráigame su cuerda.

—Tendré que desatar a su prisionero...

—No importa. Nos iremos pronto.

Mary Jane se puso en pie, y salió cojeando al círculo de luz roja, cada vez más tenue. Tanto, que no impedía en absoluto distinguir los miles de estrellas. Vincent Vrain la vio desatar a Gene. Carpenter, que se agitó y se sentó. Miraba a la muchacha mientras mascullaba hoscamente.

Ella acabó de desatarlo, y fue en busca de su silla de montar. Apartó la manta, asió la silla por el pomo, y regresó hacia donde la aguardaba Vrain, que se mordió los labios al ver el gesto de dolor de la muchacha, y su cojera, considerable ahora, quizá debido al peso de la silla.

Por un instante, estuvo tentado de salir de entre las rocas que le protegían en todas direcciones, pero siguió allí, acuclillado, rifle en mano. Mary Jane llegó, y depositó la silla a sus pies.

—¿Está segura de que no tiene algo roto? —musitó Vrain.

—No sé —ella gimió al sentarse, y quedó un poco de lado, con los ojos muy abiertos—. Me duele mucho el pie izquierdo, pero sobre todo, la espalda.

—Si tiene algo mal en la espalda, no podrá cabalgar.

—Pues me temo que eso es lo que me va a pasar...

—Déjeme examinarla.

Dejó el rifle a un lado, le quitó la bota a la muchacha y estuvo palpando unos segundos el pie y el tobillo, por encima del calcetín, mirándola de cuando en cuando. Ella se había mordido los labios, pero no emitió una sola queja.

—No está roto —dijo Vrain—. Pero no me sorprendería que mañana estuviese muy hinchado. Si no se ha hinchado ya, habrá sido por la presión de la bota. Desde luego, se lo puedo vendar con un pañuelo, y sujetarlo bien fuerte con un trozo de cuerda, de modo que podría cabalgar. Veamos la espalda... Será mejor que se quite la cazadora.

Ella obedeció, y Vrain parpadeó cuando al echar los hombros un poco hacia atrás, su seno se marcó un instante, alto y pujante, bajo la camisa azul. Se preguntó por qué se sorprendía tanto. Quizá porque con la cazadora, Mary Jane parecía menos mujer, lógicamente...

—Donde más me duele es abajo —murmuró ella.

—¿Eh...? Ah, sí... ¿Abajo?

—Al final de la espalda.

—Bien... Bueno, no sé... Si prefiere que...

—No quiero estorbarle, señor Vrain. Así que vea si tengo algo realmente malo, y podrá seguir su camino.

Vincent asintió.

—No se mueva de donde está —dijo.

Se acercó a ella, que estaba sentada en una roca, y se arrodilló delante. Pasó las manos hacia la espalda de la muchacha, en un holgado abrazo sin contacto alguno. Excepto en sus dedos, que presionaron la columna vertebral empezando a la altura de los omóplatos...

Un desconocido calor, una tibieza desconocida recorrió el cuerpo de Vincent Vrain partiendo de sus dedos, que se hundían en la elástica carne femenina, presionando en busca de una lesión clara.

A medida que sus dedos iban bajando, Vincent Vrain se iba sintiendo más y más turbado, desasosegado, inquieto. La tibia carne de la muchacha se hundía dulcemente bajo sus dedos, que él comenzaba a considerar más y más torpes a cada instante. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y aspiró de pronto, profundamente.

Ella no se movía, pero de pronto, cuando los dedos de Vrain presionaron más abajo de la cintura, emitió un gemido, y pareció... romperse hacia delante. Sus brazos, sin duda, instintivamente, subieron para sujetarse a Vrain, que quedó con la cara hundida en el seno de Mary Jane Clayton, todavía presionando su espalda...

Durante unos segundos, el *sheriff* de Uvalde no pudo reaccionar, no acertó a moverse. Y durante esos segundos, un nuevo calor inundó su rostro, y su pecho, y sus manos... mientras de la garganta de Mary Jane parecía llegar una fragancia de montañas llenas de pinos...

—A-ahí... sí... sí me duele... —gimió Mary Jane.

Vrain tragó saliva, y se apartó, suavemente, cuidando de no hacer el menor movimiento brusco. De tal modo que los brazos de ella se fueron deslizando por su cuello, rozando sus orejas..., mientras la fragancia de pinos se iba alejando, alejando, alejando...

Cuando pudieron mirarse a los ojos, Vrain dijo, con voz ronca:

—No puedo dejarla aquí, señorita Clayton... Habrá que buscar una solución.

—Oh, si no me toca no me duele. Debe ser sólo...

—Dudo mucho que pueda usted cabalgar.

—Pero... ¡tengo que estar mañana en Batesville!

—Bien... Quizá podamos conseguir eso. Pero desde luego, no llegaría usted nunca, a caballo. Y menos, a pie, pues entonces sería el tobillo el que le

jugaría una mala pasada...

Quedaron los dos silenciosos unos segundos, hasta que ella murmuró:

—Le he complicado las cosas, ¿verdad?

—Un poco —admitió Vrain—. Pero encontraremos una solución... Creo que lo mejor será que descanse esta noche. En cuanto amanezca, yo iré al camino, y espero que no tarde en pasar algún carro, o quizá la diligencia de Crystal City. Esto sería lo mejor, pues podría ir tumbada hasta allá, y la vería un médico.

—Yo podría intentar... Si usted me arregla la silla...

Vrain movió la cabeza negando.

—No. Lo mejor es que usted descanse, y mañana yo me encargaré de todo.

—Lo siento de veras...

—No se preocupe. Será mejor que vuelva a acostarse, cerca del fuego. Y envuélvase bien con la manta. Dele a Carpenter la suya, y usted utilice la mía.

—Pero usted...

—Yo no pienso dormir. No tendré frío...

—Oh, sí... Sí tendrá frío, porque...

—Haga lo que le digo. ¿Cree que podrá amarrar los caballos de Carpenter y el mío?

—Sí... Creo que sí...

—Deje las sillas puestas. Por una noche, los animales tendrán que aguantar.

Mary Jane Clayton estuvo unos segundos mirándolo con atención. Había un mundo nuevo para Vincent Vrain en el fondo de aquellos grandes ojos azules. Sí, algo nuevo... De pronto, ella dio la vuelta, salió cojeando del grupo de rocas, y cumplió lo que él le había pedido. Por último, se envolvió en su manta, se sentó con todo cuidado y lo miró. Vrain se había colocado ahora de modo que podía verla a ella y a Carpenter perfectamente.

Mary Jane pareció a punto de decir algo, pero desistió. Se tumbó y cerró los ojos.

CAPÍTULO VII

Abrió los ojos, y miró hacia Vincent Vrain. La fogata estaba ya casi extinguida, pero pudo verlo bien a la luz de las estrellas, que parecían agruparse en un lado formando una gran mancha blanca luminiscente.

El *sheriff* de Uvalde estaba sentado, con la espalda apoyada en una roca, y tenía un rifle entre los brazos. La cabeza había caído sobre el pecho, y toda la actitud era tan relajada que sólo podía corresponder a un hombre durmiendo, vencido por la fatiga.

La cabeza de Mary Jane Clayton giró hacia su derecha, hasta que sus ojos se encontraron con los de Gene Carpenter, perfectamente visibles entre los vendajes, brillantes. Carpenter asintió con la cabeza, con insistencia, y ella volvió a mirar a Vrain. De nuevo a Carpenter, que volvió a mover afirmativamente la cabeza, con energía.

Por fin, la muchacha apartó la manta, y se puso de rodillas, mirando con expresión desorbitada, a Vincent Vrain, que seguía en la misma postura, inmóvil. Mary Jane se puso en pie, y dio un cauteloso paso hacia el *sheriff*. Otro paso, otro, otro...

Cuando estuvo lo bastante cerca, captó la regular respiración de Vrain. Se detuvo a solo dos pasos de él, y estuvo unos segundos inmóvil, mirándolo. Otra vez miró a Carpenter, que le hizo señas frenéticas, de urgencia. Mary Jane tocó el rifle que sujetaba Vrain, pero en el acto comprendió que lo tenía bien sujeto, y que podía despertarlo al quitárselo. Así que se inclinó hacia un lado, y miró el revólver del representante de la ley, en su funda, al alcance de la mano.

Se acercó más, tomó el arma con dos dedos, y fue tirando con suavidad de la culata, hasta que el revólver salió de la funda. Ya dueña del revólver, Mary Jane regresó con rapidez hacia donde Gene Carpenter continuaba tendido en el suelo, inmóvil, comprendiendo que cualquier ruido podía despertar al *sheriff* de Uvalde. Ella se arrodilló junto al prisionero, y acercó su boquita a una oreja.

—No puedo quitarle el rifle —susurró—. Se despertaría.

—Suéltame —susurró Carpenter.

Mary Jane dejó el revólver en el suelo, y sus dedos buscaron el enrevesado montón de nudos fortísimos. Pero, apenas había empezado a ver por dónde debía empezar a soltar las manos de Gene Carpenter, cuando tras ella oyó un sonido inconfundible, un clic-clac que la dejó helada, petrificada de espanto.

Y después de oír el ruido de la palanca del rifle, oyó la voz de Vincent Vrain:

—Está bien, señorita Clayton, no siga. Apártese de ahí.

Mary Jane se volvió, al fin, lentamente. Vrain se había limitado a alzar la cabeza, y su rifle, ahora horizontal, apuntaba hacia la muchacha y el prisionero. Vrain lo movió, insistiendo, con el gesto clarísimo, para que ella se apartase de Carpenter. Mary Jane obedeció desligándose de rodillas todavía. Quedó inmóvil, al fin, a un par de yardas de Carpenter, con el revólver de Vrain entre ambos...

—Creo que no harán falta demasiadas explicaciones —susurró Vincent Vrain—. Usted no tiene ningún daño en la espalda, ni en el tobillo, ni se cayó del caballo, ni se dirige a Batesville, ni viene de Cline... Admito que todo estaba muy bien preparado, eso sí, pero... a mí los aullidos de aquellos coyotes siguen sonándome a falsos.

—Es usted muy listo —murmuró ella.

—Quizá no sea demasiado listo —encogió un hombro Vrain—, pero sí soy desconfiado como un gato. Dígame: ¿no se ha arriesgado demasiado? ¿Cuál era su propósito?

—Ayudar a Gene a escapar.

—Eso por descontado. ¿Y qué más?

—¿Qué más? Nada más... Había que hacerlo de modo que usted no tuviera tiempo de hacer nada contra Gene, eso es todo.

—¿Y luego?

—¿Luego?

—Sí, luego: ¿qué habría pasado conmigo?

Mary Jane parpadeó.

—Nada... No entiendo su pregunta... No habría pasado nada...

—Vamos, vamos, señorita Clayton... Antes me dice que soy muy listo, y ahora me trata como a un tonto. Lo que estoy tratando de decir es que...

Gene Carpenter lanzó un rugido de furia en aquel momento, y dio un extraño brinco en difícilísima postura hacia el revólver de Vrain, caído sobre

la rala hierba entre él y Mary Jane. Sus manos atadas empuñaron el arma, y el índice derecho se curvó sobre el gatillo velozmente...

—¡No! —gritó aterrada Mary Jane—. ¡No, Gene, eso no...!

—¡Toma, puerco! —rió con ferocidad Carpenter, apretando el gatillo, una y otra vez, apuntando a Vrain...

Clic... Clic... Clic... Clic..., fue haciendo el percutor a cada presión en el gatillo. Y hasta la cuarta vez no se dio cuenta Carpenter de que el revólver estaba descargado por completo.

Quedó un instante contemplando el arma con expresión atónita. Luego, su mirada saltó, alarmada, hacia el *sheriff* de Uvalde, que seguía contemplándole impasible, inescrutable el vigoroso rostro anguloso... Carpenter parpadeó, y su mirada se desvió entonces hacia Mary Jane, que, todavía de rodillas, se había inclinado como queriendo ocultar el rostro en el suelo, y sollozaba...

—Eso no, eso no... ¡Me dijo que eso no lo haríamos! —gemía Mary Jane—. ¡Y te lo he pedido, te lo he pedido y no me has hecho caso otra vez! ¡Otra vez igual, siempre igual!

Carpenter miró un instante a Vrain, y en sus ojos relució un destello terrible de odio. Pareció a punto de tirar el revólver contra el *sheriff*, pero debió comprender que con eso no iba a conseguir nada, así que tiró el arma despectivamente a un lado y volvió a mirar a Mary Jane.

—Cállate de una vez —gruñó—. ¡Cállate, maldita seas, estúpida! ¡Te voy a...!

Se puso en pie de un salto, y se abalanzó hacia ella, con ambas manos atadas en alto, dispuesto a descargar un furiosísimo golpe..., pero la cuerda que lo sujetaba por el cuello al árbol, se tensó, y Carpenter fue retenido con violencia, para saltar enseguida hacia atrás, y caer de espaldas. Ante la horrorizada mirada de la muchacha, se puso de rodillas de inmediato, tosiendo hasta que pudo aullar, con voz destemplada:

—¡Padre! ¡Mary Jane lo ha estropeado todo! ¡Atacad enseguida si habéis oído!

Sus gritos se fueron perdiendo en la noche, bajo los miles de estrellas, rebotando de montaña en montaña. Mary Jane estaba como alucinada, mientras que, Vrain, sereno, contemplaba impasible a Carpenter...

El *sheriff* de Uvalde ni siquiera se inmutó cuando, en algún lugar, se oyó el disparo de un rifle, cuyos ecos también fueron resonando en la noche.

Inmediatamente, Gene Carpenter se arrastró hasta detrás del árbol al cual estaba atado, interponiéndolo entre él y Vrain, quien miró impasible a la muchacha...

—Venga aquí, señorita Clayton... —dijo—. Será mejor que se ponga a cubierto. Y traiga mi revólver.

—¡Padre! —volvió a gritar Carpenter—. ¡Atacad ya!

Mary Jane recogió el revólver, y se reunió con Vrain entre las rocas. Estaba como alelada, como si no comprendiese nada de lo que estaba ocurriendo... Vincent le quitó el revólver, y volvió a colocar las seis balas en el cilindro. Luego, lo enfundó, miró a la muchacha y sonrió, seco.

—¿Cuántos son? —preguntó—: ¿Cuántos, exactamente?

—Siete... Son siete...

Vrain asintió con la cabeza...

—No asaltaron el carro, ¿verdad?

—No... No.

—¿Sabían que el prisionero no iba en él?

—Sí, lo... lo sabían...

—¿Y que yo sólo lo llevaría hacia Crystal City? ¿Sabían esto también?

—Sí.

—¿Y cómo lo sabían?

—Alguien de Uvalde se lo dijo a Franklin Carpenter.

—Alguien de Uvalde... —susurró Vrain—. Eso me disgusta profundamente. ¿Quién fue?

—No... no lo sé... ¡No lo sé!

—Está bien, cálmese... Siete hombres son más que suficientes para hacerme pedazos, me parece: ¿por qué no me atacaron mucho antes?

—Franklin dijo que usted era un... un hombre muy peligroso y sin piedad, y que... que si fallaban el primer disparo, usted mataría a Gene, a su hijo... Y no quiso correr riesgos.

—Entiendo. Entonces, idearon lo de los coyotes, la pusieron a usted en mi camino, y confiaron en que podría desarmarme o, al menos, soltar a Gene Carpenter, para que usted y él pudiesen marcharse fuera de mi alcance, ¿no?

—Sí...

—Y entonces, me habrían venido a matar sin temor a que yo matase a Gene.

—No... ¡No! Franklin me dijo que no haría eso... Yo dije que no quería tomar parte en ninguna muerte, que no haría nada si él no me prometía que sólo liberaríamos a Gene y nos iríamos sin hacerle daño a usted... ¡Él me lo ha prometido!

—Las promesas de esa clase de hombres son tan ciertas como los aullidos de coyote que oí antes, señorita Clayton.

—No, no... Él me prometió que... que no...

—No sea ingenua. En cuanto Gene hubiera estado a salvo, me habrían hecho pedazos entre todos. ¿De verdad usted pudo creer otra cosa?

—Él me prometió...

—Olvide eso. Y dígame qué hace usted entre esa gente... ¿Es la... mujer de alguno de ellos?

—No... Todavía no.

—¿Todavía? —susurró Vrain.

—Es que Gene y yo...

—¡Padre! —aulló una vez más Carpenter, tras el árbol—. ¿Qué estáis esperando? ¡Venid ya! ¡Él no puede hacerme nada ahora!

Vrain miró hacia Carpenter, y alzó las cejas en un gesto de irritación.

—Carpenter —dijo—, cállese ya y vuelva al centro del claro. Ese árbol no es lo bastante grueso para protegerlo de mis disparos. ¿Me oye?

Carpenter replicó, y no se movió de detrás del tronco. Por el contrario, intentó encogerse aún más, conservarse a salvo de los posibles disparos del *sheriff* de Uvalde.

—No sea cretino —masculló éste, irritado—: puedo ir haciéndolo pedazos desde aquí. Veo lo suficiente su cuerpo para sacarlo de ahí a balazos... ¿Quiere verlo?

—¡Váyase al demonio! —replicó Carpenter.

Vincent Vrain desenfundó el revólver, tras pasarse el rifle a la mano izquierda. Su mirada se clavó en una rodilla de Carpenter, que, en efecto, el asesino no podía ocultar. El *sheriff* alzó el revólver, y, fríamente, disparó. Sin apuntar, siquiera el revólver: sólo miraba la rodilla.

Restalló el disparo, que tuvo menos potencia que el alarido de Gene Carpenter, el cual dio un salto y pareció haber sido catapultado fuera de la protección del árbol. Se puso a aullar como enloquecido, sujetándose como pudo con las manos atadas, la rodilla herida...

—Deje de gritar —ordenó Vrain, apuntándole ahora a la cabeza, siempre fría, serenamente—. Y colóquese cerca de la fogata. ¡Vamos!

Gimiendo, Carpenter se arrastró hacia la fogata, y quedó junto a las piedras que la rodeaban, recibiendo en la vendada cabeza el tono rojo de las últimas brasas agonizantes.

—Cállese —ordenó Vrain—, o lo haré callar yo.

Cesaron los gemidos. El *sheriff* enfundó el revólver, y Mary Jane, que había estado mirando aterrada a Carpenter, volvió los ojos hacia él. Se estremeció al ver aquel rostro como helado, impávido.

—Usted..., usted es... es tan fiera... como ellos —jadeó la muchacha.

—Cuando no tengo más remedio, sí —aceptó Vincent—. A decir verdad, puedo ser incluso peor que ellos, si es necesario. Mi vida no ha sido fácil, señorita Clayton, de modo que hace ya mucho tiempo que aprendí a defenderla. Para serle sincero —Vrain metió en el cilindro del revólver un cartucho nuevo, expulsando el gastado al disparar contra Carpenter—, hace algunos años, yo empecé a seguir un camino... peligroso. Por fortuna, me di cuenta a tiempo. Para entonces, sin embargo, lo único que sabía hacer verdaderamente bien, era disparar. A pesar de eso, pensé en trabajar en cualquier cosa: vaquero, comerciante, camarero, oficinista, sastre... — Vincent Vrain sonrió, y Mary Jane sintió un extraño impacto en el pecho—. ¿Me imagina usted a mí trabajando de sastre?

—No —musitó ella.

—Habría sido divertido... Casi estuve a punto. Pero, en cierta ocasión, en Jourdanton, condado de Atascosa, unos tipos decidieron aprovechar la ausencia del *sheriff* y su ayudante para llevarse el dinero del Banco... Yo estaba precisamente delante de la sastrería de Jourdanton, contemplando un letrero que indicaba que se precisaba un empleado allí, cuando aquellos tipos salieron del Banco. Eran tres. Maté a uno y herí a dos. Como nadie sabía qué hacer, yo llevé a los heridos a la oficina del *sheriff* Kramer, y los encerré. Y como me pareció que el *sheriff* querría hacerme algunas preguntas y todo eso, lo esperé allí. Él llegó por la noche. Al día siguiente, yo era ayudante suyo: veinticinco dólares al mes. Ganaba menos que un vaquero, pero seguramente, más que un aprendiz de sastre...

—Yo... yo no le entiendo a usted... Está rodeado de hombres que querrán matarlo, y se... se pone a hablar.

—Todavía tardarán. Si Carpenter estuviese a salvo, los demás ya habrían atacado. Pero, después de oír mi disparo y los gritos de él, lo están pensando mejor. Uno o dos de ellos se acercarán, verán a Carpenter a tiro de mi revólver, e irán a decírselo a Carpenter padre. Luego, tendrán que dedicar un buen rato a pensar qué es lo más conveniente hacer... Tenemos tiempo para charlar: saben que si se acercan, si los oigo, mataré a Gene Carpenter... ¿Por dónde íbamos?

—Usted... usted decía que... que ganaba más que un aprendiz de sastre...

—Ah, sí. Bueno, estuve en Jourdanton casi dos años. Aprendía mucho del *sheriff* Kramer... No en cuestiones de disparar, desde luego. En ese sentido, más bien podía enseñarle yo a él. Pero, eso de ser *sheriff* no es tan sencillo como algunos creen. En ciertos casos, basta que un tipo tire bien para que le

den la estrella de latón, pero eso es en localidades violentas. Para ser *sheriff* de un pueblo como Uvalde, por ejemplo, hay que saber mucho más que disparar bien, porque, a fin de cuentas, un *sheriff* tiene que ser un hombre correcto, justo, sereno..., y, en muchos casos, hasta tolerante. Con pequeñas cosas, claro. Sí... Aprendí mucho del viejo Kramer, en ese sentido... Así que, después de algunos años de ir de ayudante de un sitio a otro, llegué a Uvalde. Y lo hice en el momento oportuno. O sea, cuando el *sheriff* de entonces se retiraba, y se preparaban elecciones para cubrir su vacante. ¿Sabe qué hice?

—No...

—Me alojé en el mejor hotel de Uvalde. Luego, fui a la oficina de telégrafos, y envié varios telegramas a mis amigos de otros sitios: a *sheriffs* bajo cuyas órdenes había yo trabajado. Todos los telegramas que envié decían lo mismo: «Estoy en el Savannah Hotel de Uvalde. Punto. Hay elecciones para *sheriff*. Punto. Me gusta Uvalde. Punto. Firmado, Vin». ¿Qué dirá usted que pasó?

Mary Jane parecía fascinada.

—No sé...

—Tres días más tarde, vino el señor Vanish, el alcalde de Uvalde, a buscarme al hotel, llevando en la mano un montón de telegramas. «¿Es usted Vincent Vrain?», me preguntó. «Sí, señor», le dije. «Bueno —él miró los telegramas que llevaba en una mano—, yo soy Aaron Vanish, alcalde de Uvalde, señor Vrain... ¿Tendría usted inconveniente en presentarse a las elecciones para *sheriff* de mi localidad?». Dos semanas más tarde, yo era el *sheriff* de Uvalde. Ahora, todo el mundo me conoce, y creo que hasta me aprecian. Eso, a pesar de saber que en determinados momentos, mi carácter no es... simpático precisamente. Pero sí saben una cosa con toda seguridad: Vincent Vrain hace siempre lo que hay que hacer, lo que es justo, honrado y conveniente. Por eso, fui reelegido dos años más tarde, y por eso, espero ser reelegido dentro de once meses... Vivo bien allí, tengo amigos, y se me respeta. Soy útil a los demás. Me gusta la ley, la sirvo, y jamás consentiré que quien atente contra ella llegue muy lejos... ¿Y sabe por qué le he contado todo esto, señorita Clayton?

—¿Por qué? —susurró ella.

—Porque quiero que tenga usted la seguridad de que nadie podrá impedirme que ese hombre —señaló a Carpenter con la barbilla— sea colgado por el cuello hasta que muera, por asesino. Ahora, si usted quiere, puede marcharse con sus amigos. Y dígales qué clase de hombre es el que ellos creen tener acorralado.

Mary Jane Clayton estuvo unos segundos contemplando en silencio a Vincent Vrain. Por fin, musitó:

—¿Por qué llama asesino a Gene? Él sólo se defendió...

—¿Se defendió? ¿De quién? —quedó estupefacto Vrain.

—De los hombres que...

—Espere... Espere un momento, jovencita... No sé qué clase de historia le han contado a usted, pero no fue nada parecido a lo que creo haber entendido. No hubo pelea, no hubo motivos de defensa: su... amigo Gene Carpenter, y otros dos hombres más, llamados Taffer y Kent, la emprendieron a balazos con un viejo que estaba borracho, porque éste se negó a bailar descalzo sobre unas boñigas de caballo mientras se bebía entera, de un solo trago, una botella de *whisky* que ellos querían regalarle.

—¡No...! ¡No es verdad! —protestó aterrada Mary Jane—. ¡No es verdad! ¡Franklin me dijo que unos hombres...!

—Olvídelo. Yo le he dicho la verdad. Ahí tiene a Gene... ¿Por qué no le pregunta a él?

Mary Jane, parpadeó. Se volvió hacia Carpenter, al cual veían ambos perfectamente, rojos los vendajes de la cabeza, iluminado el resto del cuerpo por la luz de las estrellas.

—Gene... Gene, ¿has oído esto? —murmuró Mary Jane—. ¡Dime que no es verdad! Tu padre me dijo que unos hombres se habían metido contigo, que Kent y Taffer te quisieron ayudar, y que... ¡Dime que fue eso lo que pasó, Gene!

Gene Carpenter estuvo inmóvil unos segundos. Luego, de pronto, tras lanzar un escupitajo furiosamente, masculló:

—Yo te ajustaré las cuentas cuando esto termine, imbécil.

—¿Qué me... me ajustarás las...? ¡Gene!

—Se van a acabar las contemplaciones para ti —jadeó Carpenter—. ¡Se va a acabar todo! ¡Tu padre ya está muerto, así que harás lo que yo te diga! ¡Se acabó soportar tus tonterías! Y eso debí hacerlo en cuanto el puerco de tu padre murió, ¿te enteras? —aulló el herido prisionero—. ¿Te enteras, maldita idiota?

Mary Jane estuvo como paralizada tanto rato, que Vincent Vrain tuvo tiempo de liar un cigarrillo, que encendió con indiferencia absoluta, sin temor a que la llama de la cerilla o la brasa del cigarrillo fuese localizada. Luego, expeliendo humo, sacó su reloj, y lo colocó de modo que pudiera ver la hora a la luz de las estrellas, cosa que le resultó no poco difícil.

Miró sonriendo a la muchacha, y alzó el reloj.

—Es nuevo —dijo—, pero funciona bien. Tiene un buen sonido. ¿Quiere escucharlo?

Puso el reloj pegado a una orejita de Mary Jane, que desvió sólo sus desorbitados ojos hacia el *sheriff* de Uvalde. Parpadeó, y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas...

—Sí... —susurró—. Tiene... un buen sonido...

—Mejor que el otro. Son las tres menos veinte —guardó el reloj, y quedó reflexivo un instante—. Eso quiere decir que dentro de poco más de dos horas... Luego. O sea, que si sus amigos quieren conseguir algo, deben intentarlo en esas dos horas... Luego, ya no podrán conmigo de ninguna manera. Sus amigos...

—No son mis amigos... ¡No son mis amigos!

—¿No? Bueno, me alegra oír eso, pero lo que usted ha intentado contra mí...

—Me engañaron... Me han contado un montón de mentiras... ¡Como siempre! ¡Como siempre, igual que lo hacía mi padre! Mi padre...

—Tu padre —rió sarcásticamente Carpenter— era tan maldito perro como todos nosotros... ¡Y tú no eres mejor que él, ni mejor que ninguno de nosotros! Si lo fueses, hace ya tiempo que te habrías marchado de nuestro lado.

—No... Yo no... no podía dejarlo a él... Tenía que ir con él, con vosotros...

—¿Sí? —farfulló Carpenter—. ¿Y por qué no te fuiste cuando él murió? ¿Eh? ¿Por qué no te fuiste?

—Gene...

—¡No te fuiste porque nosotros te dábamos de todo, porque vivías muy fácilmente a nuestro lado, de lo que robábamos...! ¡Por eso no te fuiste! ¡Eres tan puerca como cualquiera de nosotros!

—No... No, no, no... ¡NO! Yo... yo no me fui porque... porque mi padre y el tuyo siempre decían que tú y yo... que tú y yo les... les daríamos nietos algún día, y que...

—¡Nietos! —bufó Carpenter—. ¡Está bien! ¿Acaso no te he pedido muchas veces que...? ¡Vete al demonio! Así que ni siquiera sentías algo por mí, ¿eh?

—Te... te apreciaba como a un hermano...

—¡Como a un hermano! —chilló Carpenter, sentándose junto a la fogata—. ¡Como a un hermano...! ¡Maldita seas tú, tu padre, el mío y yo mismo...!

¡No debí escuchar tus súplicas, tus hipócritas palabras; que...! ¡Puerca!
¡Puerca, puerca...!

—Ya está bien, Carpenter... —dijo Vrain—. Quiero que se calle.

—Ah... ¡Usted quiere que me calle! Está bien, me callaré, pero antes dígame algo, usted que es tan decente y honrado: ¿qué le parece esta mosquita muerta? Hace un montón de años que está con nuestra banda, ella y su padre... Ha intervenido en algunos robos, vigilando, dando informes, ayudando de muchas maneras... ¿Qué opina de ella?

—No sé —musitó Vrain.

—¿No sabe? Bueno, me pregunto si nosotros merecemos la cárcel o la horca y ella no merece más que sonrisas... ¿Eh? ¿Es eso?

—No. Pero supongo que ella no sabía bien lo que hacía.

—¿Eso piensa? Bueno, quizá al principio fuese así, pero ya es mayorcita ahora, ¿no?

—Es lo malo de emprender una senda equivocada, Carpenter: a veces, no se está a tiempo de apartarse de ella..., aunque uno lo desee.

—¡No me venga con pamplinas! Le diré lo que va a pasar antes de que amanezca: usted va a morir, y ella. Por maldita hipócrita, le cortaré el cuello. Pero si esta partida la gana usted, Vrain, espero que sepa darle su merecido a esa ladrona hipócrita. ¿Está claro? ¿No es usted la ley...? ¡Pues haga que se cumpla para todos!

—Lo tendré en cuenta... —susurró Vrain—. Y ahora, cállese. Y póngase de espaldas a mí, no dándome la cara, para que sus amigos sepan en qué dirección estoy. ¡Vuélvase, le digo!

Gene Carpenter obedeció, de mala gana. Todo quedó en silencio. Vincent Vrain sabía que Mary Jane lo estaba mirando, pero no aceptó el encuentro de miradas. Por fin, ella murmuró:

—También me engañaron con respecto a usted... Dijeron que era un *sheriff* brutal, que abusaba de su autoridad... Me lo pintaron como a un monstruo horrible, y no lo es... No lo es... en ningún sentido... ¿Usted... usted cree que yo merezco... la horca?

Vrain la miró, sobresaltado. Ella se arrodilló ante él, y le tomó la mano; lo miró suplicante... El *sheriff* de Uvalde tragó saliva.

—No lo sé. No sé lo que merece, Mary Jane... No sé ni siquiera lo que realmente ha hecho mientras ha estado con estos hombres.

—Pero usted..., ¡usted tiene que ayudarme..., aconsejarme...!

—Sólo puedo decirle que siempre se está a tiempo de abandonar la senda mala, y buscar la buena. Y el mejor modo es siempre empezar por pagar las

culpas pasadas. Porque si no lo hacemos, siempre estamos perseguidos, acosados, y eso dificulta buscar y encontrar una senda mejor. Es así de simple, Mary Jane.

—¿De verdad cree que aún estoy a tiempo...?

—Basta desearlo con sinceridad. Para quien lo desee de verdad, la senda buena, la conveniente, es grande, amplia, visible incluso en una noche de estrellas como ésta... Nunca está lo bastante oscuro para encontrar ésa senda. Por mucho que...

Vrain calló de súbito, desprendió su mano derecha de las de Mary Jane, y sacó el revólver. Su cabeza se había alzado, y parecía una fiera venteando la atmósfera.

—Tiéndase en el suelo boca abajo y no se mueva —susurró.

CAPÍTULO VIII

Mary Jane obedeció, y Vincent se cobijó mejor entre las rocas, siempre sosteniendo el rifle en la mano izquierda, y el revólver en la derecha. Sin hacer el menor ruido, se volvió, mirando en la dirección que se señalaba la espalda de Gene Carpenter...

El ligero ruidito volvió a repetirse. Un rumor como de arbustos movidos, tan sólo. El *sheriff* de Uvalde no veía nada, a excepción de los contornos de los arbustos que hasta entonces habían estado a su espalda. Una pálida claridad, fría, no permitía más, a cierta distancia.

«Está ocurriendo lo que he calculado... —pensó—. Han visto a Carpenter sentado, y creen que está orientado hacia donde estoy yo, para que ellos sepan hacia dónde tienen que disparar... Se están acercando sin prisas, no quieren correr el menor riesgo... ¿Cuántos serán? Todos, no, desde luego... Dos. Quizá tres... Los otros estarán a la expectativa, rodeando la fogata... Me pregunto si este frío que siento es miedo... Supongo que sí. Son siete hombres... Debería matar a Gene Carpenter ahora mismo, o de lo contrario, si me matan, él escapará... Debería meterle una bala en la nuca desde aquí, y luego, que pase lo que tenga que pasar... Pero ¿cómo le disparo yo en la nuca a un hombre desarmado, atado...? Es un asesino, desde luego... Una fiera, una alimaña... Su muerte sólo resultará beneficiosa».

Esto era cierto.

Pero, por mucho que la idea daba vueltas y vueltas en la cabeza de Vincent Vrain, éste no se volvía para meterle una bala en la nuca a Gene Carpenter. Nada habría sido más sencillo para el *sheriff* de Uvalde que acertar aquella nuca. Podía meter la bala allí incluso sin acabar de volverse. Disparando por encima del hombro... Pero una cosa era tener a Carpenter y su gente temerosos de esta decisión, y otra cosa muy diferente era convertirse en un auténtico asesino...

De pronto, ante él, sobresaltándolo y aterrándolo por un instante, comenzaron a sonar los disparos de rifle, entre unos arbustos situados a unas ocho yardas. Por encima de su cabeza restallaron las balas, pero no

buscándole a él, no hacia la posición que ocupaba, sino también por encima de Carpenter, hacia donde éste estaba mirando.

En menos de un segundo, el *sheriff* de Uvalde reaccionó. La oscuridad estaba ahora llena de fogonazos anaranjados, señalando la posición de dos rifles.

Y hacia allí disparó Vincent Vrain, tranquilo pero apretando el gatillo a toda velocidad.

Oyó los gritos de dolor, y, en el acto, los rifles dejaron de disparar. El brusco silencio que siguió al restallar de los disparos resultó estremecedor, siniestro. Vrain se había encogido más, y sus ojos estaban fijos en aquellos arbustos.

Silencio.

Quietud absoluta.

Hasta que, de pronto, Mary Jane comenzó a sollozar, contenidamente. Vrain la vio, tendida de bruces, estremecido su cuerpo. Se dejó caer junto a ella, y le puso una mano en la espalda, cerca de la nuca.

—Por favor... —susurró—. Por favor, calle, Mary Jane, se lo suplico.

Ella quedó en silencio, pero Vincent notaba bajo su mano la tensión del cuerpo. La dolorosa tensión, el terrible esfuerzo por no estallar en llanto total, en un desconsolado alarido...

—¡O'Malley! —resonó de pronto la voz de Franklin Carpenter—. ¡Bowles! ¿Lo habéis cazado? ¡Bowles, O'Malley...!

Vrain se sentó, cruzando las piernas, y miró hacia Gene Carpenter, que se arrastraba de nuevo hacia detrás del árbol. Alzó el revólver, disparó, y la bala, rebotando ante el rostro del asesino, hizo comprender a éste la situación tan exactamente que dejó de arrastrarse.

—¡Padre! —gritó—. ¡Los ha matado!

Mary Jane no pudo contener un gemido, y Vrain volvió a tenderse junto a ella. Su mano volvió a tocarla acariciando ahora su nuca al descubierto.

—La van a oír... —susurró—. Y dispararán hacia aquí sin importarles que esté usted, Mary Jane.

Ella quedó silenciosa de nuevo. Durante unos segundos, de nuevo el más completo silencio, hasta que Vrain acercó más su boca a un oído de la muchacha.

—No se mueva de aquí pase lo que pase.

Recargó el revólver, y se deslizó entre el refugio que formaban las rocas. Salió de entre éstas, deslizándose hacia los arbustos desde donde habían disparado los llamados Bowles y O'Malley. Enseguida pudo ver a uno,

tendido de bruces: por delante de él el rifle brillaba a la luz de las estrellas. Un poco a la izquierda vio medio cuerpo del otro forajido; éste yacía de cara al cielo, y su rifle no se veía. Debía haberlo enviado hacia atrás al recibir los balazos.

Continuó arrastrándose, siempre llevando por delante el revólver, listo para disparar en cualquier momento.

El primero de los forajidos estaba muerto cuando lo examinó. Comenzó a acercarse al segundo, siempre con sigilo. Necesitaba sus armas, es decir, sus municiones, por lo menos. Si el cerco iba a durar todavía dos horas más, no sería munición lo que iba a sobrarle, precisamente.

Veía las manos del segundo forajido. La derecha estaba por encima de su cabeza. La izquierda, junto al costado... Vrain entornó los ojos, pero distinguió pronto la funda con el revólver, a la derecha, de modo que si aquel hombre no estaba muerto y le estaba preparando una trampa, tendría que mover el brazo derecho por encima de la cabeza hasta el revólver... Tiempo más que suficiente para que él lo rematase sin peligro alguno.

Llegó junto a él, se arrodilló a su lado... y lanzó un respingo cuando el hombre se movió, sorprendiéndole como pocas veces habían sorprendido al *sheriff* de Uvalde: no fue su mano derecha la que entró en acción, sino la izquierda. Y no empuñando el revólver, sino armada de un cuchillo, que recogió el fulgor de las estrellas durante su recorrido hacia la garganta de Vrain. Éste esquivó la cuchillada en el cuello, ladeándose y echándose un poco hacia delante, pues de lo contrario, la habría recibido en el pecho.

No la recibió en la garganta.

Ni en el pecho.

Pero Vincent Vrain notó como un pinchazo en el pómulo derecho y casi simultáneamente, en la barbilla, mientras, entre ambos puntos, sentía como un ramalazo de fuego cruzando toda su mejilla de aquel lado. Al mismo tiempo que aquella especie de latigazo ardiente cruzaba su rostro, Vrain vio la mano derecha del otro, bajando ahora en busca del revólver. Alzó su mano armada, y golpeó aquella mano, machacándola con furia contra el suelo. El hombre lanzó un aullido, y su brazo izquierdo se movió de nuevo, alzando el cuchillo... Vincent Vrain no le dio tiempo a terminar de alzarlo: se echó encima de aquella mano cuando pasaba ante el vientre del hombre, y la hoja se hundió con blando choque escalofriante en la carne. El forajido lanzó un gemido espantoso, se crispó... y se relajó en el acto.

Ya nunca más podría hacer daño a nadie.

Vrain le quitó el cinto con el revólver, recogió el rifle, que vio un poco más allá, y luego despojó también de armas y munición al otro sujeto. Cargado con todo, regresó a su cobijo entre las rocas, donde Mary Jane se había sentado, y, al verlo aparecer, se llevó ambas manos a la boca para contener un grito. Vrain no lo sabía, pero la mitad inferior de la parte derecha de su rostro estaba cubierta de la sangre que brotaba como una cortina del tajo recibido...

—Dios mío... —gimió Mary Jane—. ¡Dios mío, le han...!

—Ssst —pidió Vrain.

Se asomó, y vio a Carpenter de nuevo junto al árbol, intentando soltar el extremo de la cuerda anudada a aquél, moviendo torpemente sus dedos llenos de calambres por la presión de las cuerdas que rodeaban sus muñecas. Una vez más, Vincent Vrain disparó hacia su prisionero... La bala arrancó un puñado de cortezas del árbol, un poco más arriba de la cabeza de Carpenter, que respingó, dio un salto, y, al fallarle la pierna herida, cayó de espaldas.

—A la fogata, Carpenter —ordenó Vrain, con voz tranquila, serena—. Y éste ha sido el último aviso.

Carpenter regresó arrastrándose hacia la fogata, cuyo resplandor era ya casi nulo. Vrain se colocó a la cintura uno de los cintos requisados y dejó el otro al alcance de la mano. Examinó los dos rifles, y luego los dejó junto al cinto de reserva. Por fin, miró a Mary Jane, y vio el brillo de sus ojos, dirigidos hacia él.

—Ya sólo quedan cinco —susurró.

—Lo matarán... —susurró también ella—. Son demasiados... Y nos tienen acorralados.

Vincent Vrain frunció el ceño. ¿Acorralados? ¿Acaso no estaban bien resguardados allí? De pronto, la verdad se abrió paso en su mente. Ciertamente, estaban a resguardo, pero no por ello menos acorralados. Si a cualquiera de aquellos hombres se le ocurría preparar una antorcha, y la tiraban hacia allí, los verían perfectamente entre las rocas; y si los demás se habían subido a algún árbol, podrían acribillarlos a mansalva... Los disparos horizontales no le preocupaban, pues las peñas los protegían perfectamente; también, mientras sólo hubiera la luz de las estrellas, estarían a cubierto de sus miradas en aquella especie de pequeño embudo rocoso. Pero, si se subían a un par de árboles, y tiraban una antorcha...

Pasó una mano por la nuca de Mary Jane, y la atrajo, para susurrar muy cerca de ella:

—No se mueva de aquí, y no haga o diga nada que les haga comprender que yo me he marchado.

—No me deje sola... —tembló la voz de ella—. No me deje sola, se lo ruego...

—Si me quedo aquí, nos van a matar a los dos. Quizá no quieran matarla a usted, pero dispararán a bulto, y lo harán. Tengo que impedir que se acerquen... ¿Lo entiende? ¿Lo entiende, Mary Jane? Y si alguien se acerca, dispare. A menos, que quiera volver con ellos. Ahora, tiene las dos sendas ante usted: elija.

Mary Jane se abrazó a su cintura, y sus labios se hundieron en los de él, desesperadamente. Vincent Vrain se estremeció... Supo que ella tenía que estar notando en sus labios el sabor de la sangre que brotaba de su mejilla, pero Mary Jane seguía besándole, con un desespero total, como si las vidas de ambos dependieran de aquel trémulo beso. Vrain la apartó, al fin.

—Tu elección es buena... —quiso sonreír—. Pero, en estos momentos, la más peligrosa. Piénsalo.

Se quedaron mirándose a los ojos. Mejor dicho, a los puntos brillantes de las estrellas que se reflejaban en ellos; Mary Jane no dijo nada, y Vrain comprendió. Asintió con la cabeza, y fue ahora él quien besó a la muchacha, suavemente, brevemente.

Luego, se deslizó fuera del pequeño reducto rocoso, silenciosamente.

CAPÍTULO IX

Casi una hora más tarde, una pequeña llamita brilló de pronto en la oscuridad. La llamita creció velozmente, hasta convertirse en una roja llama humeante, que, en el acto, fue lanzada por el aire, describió una larga curva, y cayó muy cerca del reducto rocoso, iluminándolo parcialmente.

Para entonces, el hombre que la había lanzado, había emitido ya su grito de muerte, al recibir, desde un grupo de arbustos, el balazo del rifle manejado por Vincent Vrain.

Y en el acto, agazapado entre aquellos arbustos, Vincent Vrain se volvió hacia el reducto, mirando a todos lados angustiado, hacia lo alto, en busca del hombre o los hombres que podían acribillar a Mary Jane... Todo estaba basado en la rapidez con que él actuase. Si fallaba tan sólo una vez...

Vio el primer fognazo en uno de los árboles situados quizá a setenta yardas, y disparó el rifle hacia allí, frenéticamente, varias veces..., hasta que vio más fognazos en otro árbol. Sin dejar de apretar el gatillo y mover la palanca de carga, giró hacia allí, y el resto de las balas salieron hacia el árbol, en el cual, como en el primero, se oyó un grito agudo, casi un berrido.

Desde el pie del árbol, el rifle segundo siguió disparando de inmediato y Vincent Vrain comprendió que había conseguido matar al primer hombre, pero no al segundo, al cual no podía localizarlo, pues los fognazos brillaban ahora indirectamente, oculto el hombre tras arbustos o peñas.

Sin vacilar, Vrain echó a correr en busca de una posición más alta, saltó sobre ella, alzó el rifle, y disparó hacia el rosario de fognazos. El otro rifle dejó de disparar en el acto, pero una voz llegó de alguna parte:

—¡Ahí está! ¡Lo tengo!

Vrain se volvió, pero sólo tuvo tiempo de ver el fognazo, y, simultáneamente, notar el tremendo impacto en su pierna derecha. Un impacto tan fuerte que lo arrancó de sobre aquella roca, y lo tiró de espaldas al suelo, perdiendo el rifle, que desapareció entre unos arbustos.

—¡Le he dado! —oyó al mismo hombre—. ¡Franklin, le he dado, estoy seguro...! ¡Vamos a soltar a Gene!

En alguna parte, Vincent Vrain oyó rumor de movimiento de hombres, crujir de piedras... Apretó los dientes, se colocó boca abajo, apoyó las manos en el suelo, y se puso de rodillas, mordiéndose los labios casi hasta hacerse sangre para no gritar su dolor en la pierna herida.

Acabó de ponerse en pie, y se dirigió, cojeando, a punto de caer en todo momento, hacia el pequeño claro donde ya, la fogata debía haberse extinguido por completo, y Gene Carpenter tenía que haber comprendido que él no estaba entre las rocas, es decir, que podía intentar de nuevo soltarse y escapar, sin temor a recibir un balazo.

Lo que no podía saber Gene Carpenter era que Vrain se había apostado durante aquel tiempo precisamente enfrente de él, donde antes habían pensado los demás forajidos que estaban; esto es, al otro lado del claro, interponiendo éste entre él y el reducto de rocas donde esperaba Mary Jane. De tal modo, que si Carpenter conseguía soltarse y corría hacia allí, se encontrarían frente a frente...

Sacó el revólver, apretó los dientes, y aceleró el paso. El dolor era tan intenso que le parecía que estaban arrancándole la pierna con salvajes tirones cada vez que separaba el pie del suelo. Pero tenía que llegar.

Tenía que llegar al claro, hacer comprender a Jane Carpenter que él seguía vivo y dispuesto a todo, y cruzarlo hasta donde estaba Mary Jane, para estar a su lado, protegerla...

¡Tenía que llegar al claro!

Y llegó.

Llegaron todos a la vez: Vincent Vrain, por un lado. El último de los hombres de Franklin Carpenter, por otro lado. Y el propio Franklin Carpenter por otro, diametralmente opuesto al de su último compinche. De modo que, en una fracción de segundo, bruscamente, Vincent Vrain se encontró con un hombre a la derecha y otro hombre a la izquierda.

Y entonces, en un segundo tan sólo, todo terminó.

Como quiera que el hombre de su izquierda estaba ya alzando el rifle, Vrain supo que tenía que disparar primero contra él... Y lo hizo. Se tiró al suelo, girando hacia su costado derecho para poder apuntar bien al hombre, y apretó el gatillo.

Lo vio saltar hacia atrás, soltando el rifle y lanzando un chillido de dolor, de agonía..., mientras la bala disparada por Franklin Carpenter rebotaba agudamente junto a la cabeza del *sheriff* de Uvalde, que volvió a girar, en el último desesperado intento por salvar la vida, aunque sabía que todo era

inútil. En el tiempo que él giraba, localizaba centradamente a Carpenter padre, y comenzaba a apretar el gatillo, su cuerpo ya estaría lleno de plomo...

Al mismo tiempo que terminaba el giro, oía el estampido del rifle por delante de él, no a su derecha. Y al terminar el giro, vio a Franklin Carpenter, de pie, pero inmóvil, con los brazos colgando sosteniendo blandamente el rifle, que consiguió alzar con un violento, sorprendente esfuerzo.

De nuevo restalló el rifle de antes, por delante del caído Vrain, y esta vez, Franklin Carpenter saltó hacia atrás y un lado, chillando como un loco durante una fracción de segundo. Cuando llegó al suelo, ya había callado. Ya no se movió... Ya no volvería a moverse nunca más.

Gene Carpenter, junto al árbol, intentando una vez más soltar la cuerda de éste, y Vincent Vrain, tendido en el suelo, con el revólver a punto para disparar, volvieron la cabeza hacia donde había resonado los dos últimos disparos de rifle.

Y la vieron.

La vieron perfectamente.

Estaba de pie sobre una de las rocas, sosteniendo todavía el rifle en alto, apuntando aún hacia donde yacía Franklin Carpenter. Durante unos segundos, la sorpresa dejó sumidos en el silencio a los dos hombres.

Por fin, Carpenter jadeó:

—Maldita... ¡Maldita seas, Mary Jane! ¡Has matado a mi padre, has...!

—Cállese —ordenó Vrain.

De pronto, toda la tensión de Gene Carpenter desapareció. Se quedó tendido junto al árbol, en un silencio sombrío, hundido el vendado rostro en la hierba amarillenta. Vrain enfundó el revólver, y se puso en pie, penosamente. Mary Jane había dejado caer el rifle, y se había sentado en la roca, abatida, como desarticulada.

El *sheriff* de Uvalde vaciló, tragó saliva... Sentía deseos de abrazar a Mary Jane, pero se preguntó si no era mejor dejar que ella reaccionase por sí misma, lentamente... Se acercó a ella, y vio sus ojos, y sus mejillas, como cubiertas de estrellas líquidas. Mary Jane lo miró, y Vrain tuvo la sensación de que algo se estaba desgarrando dentro de él. Supo que aquél no era momento de palabras de consuelo..., de ninguna clase de palabras. Era mejor dejar que ella llorase todo cuanto fuese preciso. Sí... Seguramente, su viejo amigo y maestro, el *sheriff* Kramer, estaría de acuerdo con él.

Dio la vuelta, y se dirigió hacia los asustados caballos. Por fortuna, no habían podido soltarse. Dio unas palmadas de afecto al suyo, que se

tranquilizó en el acto al sentir la mano amiga, la mano conocida, grande y fuerte, que a veces ponía ante su morro azúcar o una tierna remolacha.

—Tranquilo... —susurró Vrain—. Tranquilo, compañero: otra vez volveremos a casa... juntos.

Lívido el rostro por el dolor, se dedicó a bajar las alforjas de la silla. Las llevó junto a la casi apagada fogata, a la cual añadió las ramas que antes había pisoteado Mary Jane obedeciendo sus órdenes. En pocos segundos, el fuego daba una nota alegre al escenario de dolor y muerte. Mary Jane seguía en el mismo sitio.

Carpenter se había sentado, y, apoyado de espaldas en el tronco del árbol, caída la cabeza sobre el pecho, rumiaba su inevitable destino: la horca. Cuando Vincent Vrain decía que llevaba a un hombre a la horca... era que lo llevaba de verdad.

El *sheriff* de Uvalde se sentó junto a la fogata, abrió las alforjas, y sacó un paquete envuelto en hule. Lo deshizo, dejando al descubierto unos rollos de vendas, una botella con *whisky*... Alzó la cabeza, y miró a Mary Jane, que estaba de pie a su lado.

—Déjame que lo haga yo —musitó ella.

—No es necesario. No es la primera vez que...

—Yo lo haré. Sé hacerlo... He tenido que hacerlo muchas veces, con ellos.

—Está bien.

La herida no carecía de fortuna, ya que la bala había atravesado limpiamente el muslo; si hubiera tocado el hueso, el potente plomazo de rifle lo habría destrozado. Lo de la cara, siendo tan aparatoso, resultó un corte poco profundo, pero que dio lugar a un vendaje llamativo... Casi tanto como el de Gene Carpenter, que los miraba en silencio. Durante aquellos quince minutos empleados en atender las heridas de Vrain, nadie pronunció una sola palabra.

—Creo que podré cabalgar... —dijo éste, al fin—. ¿Quieres atender ahora a Carpenter?

Ella parpadeó, y antes de que pensara su respuesta, Gene Carpenter masculló:

—Si se acerca a mí, la mataré, Vrain... ¡La estrangularé...!

—Cállese.

—¡Si esta víbora se acerca a mí...!

—¿Cree que es una víbora? —cortó Vrain—. ¿De veras lo piensa así, Carpenter? Bien... Quizá tenga razón. Pero ahora, pregúntese por qué Mary

Jane es una víbora. ¿O prefiere que yo le dé la respuesta?

—¿Qué respuesta?

—Si ella es una víbora, se lo debe a ustedes. Ponga usted a una paloma en un nido de víboras, y, si las víboras no la devoran, al poco tiempo la paloma tendrá instintos de víbora. Si ella es, una víbora, ustedes han sido los culpables, porque la enseñaron a serlo. Ahora, daremos a Mary Jane la oportunidad de hacer lo que realmente ella desee, y así sabremos si es una víbora auténtica, o sólo una paloma que ha tenido que convivir con víboras..., esperando su oportunidad de escapar.

—¿Qué quiere decir?

—A Mary Jane le esperan muy malos días, Carpenter. Muy malos... y no pocos. Serán muchos. Quizá, hasta tres años...

—¿De qué demonios está hablando usted? —gruñó el asesino.

—Ella tiene ahora dos caminos: el bueno y el malo..., la víbora o la paloma. El primero será el mal camino de la víbora... ya para siempre. Si se queda, tendrá la oportunidad de rehacerse.

—¡Es una bonita perspectiva! —rió Carpenter—. ¡Usted está loco si cree que ella va a escoger ese último camino, Vrain!

—Ella es quien ha de decidir, no yo. Y ahora, escuche esto: Mary Jane va a curarlo a usted, porque yo quiero que vaya por su propio pie, hasta la horca, Carpenter. Ella va a curar su rodilla... Y si usted tiene agallas, atrevase a tocarle un solo cabello... ¿Me explico?

—Sí.

—Bien. ¿Quiere café?

Carpenter asintió con la cabeza. Mary Jane se acercó a él, y comenzó a curar su rodilla herida, cuya articulación estaba completamente perdida; en el supuesto de que Gene Carpenter viviese lo suficiente, siempre caminaría con aquella pierna rígida. Vrain se dedicó a preparar café, sentado junto al fuego, estirada su pierna herida. Ni una sola vez miró hacia ellos.

Cuando Mary Jane terminó de vendar la rodilla de Carpenter, fue a sentarse al lado del *sheriff* de Uvalde, que le tendió un pote con café. La madrugada era fría, en efecto, y la fogata y el café no podían resultar más convenientes y agradables. Vrain terminó su café, volvió a llenar el pote, y se acercó a Carpenter, tendiéndoselo.

El asesino lo tomó en silencio y bebió sin alzar la cabeza una sola vez.

Por el Este comenzaba ya a verse una lívida claridad, y algunas estrellas empezaban a esfumarse lentamente.

—Habrás que buscar los caballos de ellos —dijo de pronto Vrain—. Los llevaremos a Crystal City.

—Yo los iré a buscar, Vincent —susurró Mary Jane.

Carpenter soltó una risita, pero Vrain no se inmutó.

—Va a ser demasiado duro —replicó—. Sería mejor que yo...

—Tú estás herido. Y no será tan duro, porque yo sé dónde están los caballos.

—Está bien.

Se dirigieron ambos hacia el todavía ensillado caballo de Gene Carpenter, y Mary Jane subió ágilmente a la silla. Ella bajó la mirada hacia el *sheriff* de Uvalde y sonrió:

—Hasta ahora —musitó.

—Mientras tanto, yo iré reuniendo los cadáveres —musitó también Vrain; vaciló un brevísimo instante, y añadió—: estaré aquí, esperando, sólo durante dos horas, Mary Jane. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza.

—Tardaré mucho menos —aseguró.

Se alejó, y Carpenter volvió a soltar una risita.

—Es usted un tipo curioso, Vrain... —comentó—. Muy curioso. ¿De verdad confía en ella?

Vincent Vrain fue a sentarse a su lado, y sacó la bolsita de tabaco. Lió dos cigarrillos, y tendió uno al sorprendido Carpenter.

—Muy curioso —repitió el asesino—. Pero si cree que ella va a volver...

—No tengo más remedio que confiar en ella, Carpenter.

—¡Tonterías! Usted está en buenas condiciones para cabalgar, y podía muy bien haber ido con ella, llevándome a mí, para que...

—Usted no entiende nada de nada. Yo he encontrado al fin «mi» mujer, Carpenter. Si ella se va, ya no me preocuparé más en ese sentido, no buscaré más; si vuelve... tampoco, porque la tendré al fin. Y si ella vuelve, sabré que nunca, nunca más, estaré tan solo como he estado hasta ahora.

—¿Está diciéndome que ama a Mary Jane?

—Sí.

—¿Está loco? Si la ama... ¿por qué la va a llevar a la cárcel... en el supuesto de que ella vuelva?

—Yo no la voy a llevar a la cárcel. Es ella la que tiene que tomar esa decisión. Y si la toma —una sonrisa sorprendente iluminó el medio rostro visible— yo sabré que ella ha decidido también no estar sola nunca más.

—No volverá —susurro Carpenter.

Mary Jane Clayton regresó cuarenta minutos más tarde, cuando ya no se veía ni una sola estrella en el cielo. Llevaba unidas con una soga las bridas de siete caballos, a los que condujo junto a los alineados cadáveres de sus propietarios.

—Se me escapó uno —dijo tímidamente—. Por eso he tardado tanto, Vincent.

El *sheriff* de Uvalde asintió con la cabeza.

—¿Quieres ayudarme a cargarlos? —pidió.

Ni una sola vez miraron al sombrío Gene Carpenter que se abstuvo de hacer el menor comentario. Cargaron un cadáver en cada caballo, y luego, entre los dos, ataron los pies de Carpenter bajo el vientre del suyo. Vrain había recogido ya sus cosas, el fuego estaba apagado... Sólo quedaba seguir el viaje hacia Crystal City.

Mary Jane se pasó una manga por la frente, para enjugarse el sudor producido por el esfuerzo realizado. Vrain se quedó mirándola curiosamente. De pronto, le quitó el sombrero y la larga cabellera rubia, como el oro, quedó libre, hacia la espalda y sobre los hombros de Mary Jane Clayton. Ella se quedó mirándolo, fijamente, crispada su boquita, expectante...

—Eres muy bonita —susurró Vincent Vrain—. Te sienta bien el azul de los ojos, el azul de la camisa... Eres muy bonita, Mary Jane...

—Si te lo parezco a ti, es suficiente —murmuró ella. Bajó la mirada y añadió—: Sólo espero que no hayas cambiado de idea dentro de tres, cuatro, cinco, o diez años, Vincent.

El *sheriff* de Uvalde movió negativamente la cabeza.

—Yo nunca cambio de idea... Y si lo hago, es para mejorar. Aunque no creo que nada pueda mejorar lo que ha pasado en esta noche de estrellas que...

Mary Jane se abrazó a él, sollozando, de pronto.

—Vincent, no me olvides nunca, nunca, nunca...

Vrain la apartó con suavidad, y la besó en los labios. Luego, sonrió.

—Lo intentaré —prometió.

La llegada de la comitiva a Crystal City, a media mañana, dejó sin respiración a los habitantes de la población. Una oleada de frío pareció recorrerla de punta a punta y, cuando el *sheriff* Lockwood, sorprendido por aquel silencio, salió al porche de su oficina, quedó petrificado de espanto.

Sólo reaccionó cuando Vincent Vrain desmontó ante él, subió al porche, y tendió su diestra.

—¿Cómo estás, Malcom? —saludó.

—Bien... Bien. Santísimo Dios... ¿Qué es lo que ha ocurrido, Vin?

—Traigo siete personas para enterrar, una para ser juzgada y una alimaña para ser ahorcada..., espero.

—Pe-pero... No sabía nada... ¿Por qué?

—Entremos y te lo explicaré todo. ¿Tienes disponibles tus celdas?

—Sí... Sí, desde luego.

—Pide a algunos de tus vecinos que lleven los muertos a la funeraria, ¿quieres? Yo encerraré a los vivos.

—Está bien...

Veinte minutos más tarde, Malcom Lockwood estaba al corriente de todo, y miraba con expresión desorbitada a su colega de Uvalde.

—¿Te das cuenta de lo que va a ocurrir, Vin? —exclamó—. ¡Si juzgan a esa chica, irá a la cárcel por varios años...!

—Lo sé.

Lockwood se quitó el sudor de la frente de un manotazo.

—Pero esto es... es increíble... Escucha, entiendo que tú la quieres, de modo que...

—Te la voy a dejar aquí, Malcom —cortó apaciblemente Vrain—. Sólo quiero que me envíes un telegrama cuando se vaya a celebrar el juicio. ¿Lo harás?

—¡Por Dios, claro que lo haré! Pero... Oh, bien, convendría enviar también un telegrama a Uvalde ahora mismo, diciendo que has llegado bien y que...

—No.

—¿No?

—No. Ningún telegrama a Uvalde, Malcom. Yo llevaré la noticia personalmente.

—¿Estás bromeando? ¡Son cincuenta millas! y ¡estás herido...!

—¿Puedes conseguirme un calesín, o algo así?

—De acuerdo... ¡De acuerdo, maldita sea mi estampa!

Malcom Lockwood abandonó su oficina, y Vrain entró en el departamento de celdas. Mary Jane Clayton se adelantó en la suya, y sus manos se crisparon en los barrotes. La tensa mirada entre ambos pareció ir a eternizarse, hasta que ella susurró:

—¿Te vas ya?

—Sí.

—Ten cuidado...

Vrain asintió con la cabeza. Por entre los barrotes, se besaron, largamente, bajo la hostil mirada de Gene Carpenter, encerrado en otra celda. Pero era como si no estuviese allí. Ni Mary Jane ni Vincent lo miraron una sola vez. Como si no existiera.

Para Vincent Vrain, cuando se alejaba de Crystal City hacia Uvalde en la calesa prestada, no existía nada en el mundo... Nada, excepto la imagen de Mary Jane Clayton, que él sabía quedaría para siempre grabada en su mente.

Ni siquiera la larga y dolorosa jornada que tenía por delante podía distraerle de esta imagen. Una jornada distinta sin embargo, por buen camino, cómodamente sentado... Además, podía exigirle mucho al caballo, y cambiarlo en La Pryor... Eso haría, mientras su propio caballo esperaba en Crystal City a que él regresase para asistir, al juicio... Sí, eso haría. Y no hacía falta excesiva suerte para llegar a Uvalde antes del anochecer.

CAPÍTULO X

—¿Todavía nada, Charlie?

Charlie Lester alzó la cabeza y miró sombríamente a Mae Jarvis.

—No... Todavía nada, Mae. Ya te he dicho las varias veces que has venido durante todo el día, que te avisaría en cuanto tuviera noticias.

—¡Pero...! ¡Debe haberle ocurrido algo! Los del carro regresaron esta mañana, dijeron que nadie les había molestado... ¡Tiene que haberle ocurrido algo a Vin!

—¿Al invencible Vin? —sonrió adustamente Charlie—. ¡Vamos...!

—Escucha, no debemos esperar más... Si Vin hubiese llegado a Crystal City, te habría enviado un telegrama notificándotelo, ¿no?

—Supongo que sí... No sé. El siempre hace las cosas a su manera.

—Charlie, ¿no lo entiendes? Si él no ha enviado ningún telegrama, y no atacaron a los del carro, es que... lo atacaron a él. ¿No lo entiendes?

—Lo entiendo... Y daría cualquier cosa porque te preocupases así de mí, Mae.

Ella lo miró sorprendida, casi sobresaltada.

—¿Qué dices...? —musitó.

—Ni siquiera te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿De qué, Charlie?

—¡De nada! —estalló éste—. ¡Absolutamente de nada! ¡Tú no puedes darte cuenta de nada, porque sólo ves a Vin!

—Charlie..., ¿qué te ocurre?

—¡No me ocurre nada! ¡Sólo que estoy harto de Vincent Vrain! ¿Te enteras? ¡Harto y más que hartos! Donde está él... Sí, donde está él, no existe nada ni nadie más... Donde está él, los demás no valemos nada... ¿Me has mirado alguna vez, Mae?

—Pe-pero... ¡claro que te he mirado! ¡Te he...!

—Pero ¿me has visto? ¿Me has visto realmente alguna vez?

—¿Te has vuelto loco?

Charlie se adelantó, y tomó por las muñecas a Mae, furioso.

—¿Loco? —masculló—. ¡De acuerdo! Estoy loco... por ti.

—Charlie, me estás lastimando...

—¿Lastimando, querida? Oh, vamos, esto no es nada... ¿Te has preguntado alguna vez lo mucho que tú me has estado lastimando a mí? ¿Verdad que no? ¿Verdad que nunca has pensado siquiera en que el pobre Charlie estaba enamorado de ti? ¿Verdad que no?

—No... ¡No, no!

—¡Pues ya lo sabes ahora! ¿Te has enterado bien?

—Sí... Sí, Charlie... Por favor, suéltame. Ya... ya hablaremos de esto. Quiero ir a Telégrafos, para enviar un telegrama a Crystal City preguntando por Vin...

—No te molestes. De veras, Mae, no te molestes. Si él no ha enviado ningún telegrama, es que no ha llegado..., es que nunca llegará. Ya, Vin Vrain no llegará a ninguna parte. Ya no existirá Vincent Vrain... Empieza a olvidarlo. Ahora, empezaremos a vivir los demás. Ya sé, ya sé: no somos tan perfectos como él... Eso es verdad. Pero no sólo los perfectos tienen derecho a la vida... Los demás también tenemos ese derecho, ¿no crees? Por ejemplo, yo. «Yo». «Yo» ya no seré su ayudante, ni me volverá a mirar con cólera, ni me dirá para qué sirvo o dejo de servir... «Yo» podré ahora acercarme a ti, y como ya no podrás pensar en él, quizá «yo» consiga que ahora te fijes en mí. «Yo» podré ahora...

—Charlie... Charlie, ¿qué... qué estás diciendo?

—¿Todavía no lo has entendido? ¡Él ya no volverá nunca! «Yo» soy quién está aquí, ahora. ¿Lo entiendes, Mae? ¿Lo entiendes?

Mae Jarvis consiguió desasirse, al fin, y retrocedió varios pasos, aterrorizada. Sus desorbitados ojos estaban fijos en Charles Lester, más y más desorbitados a medida que iba comprendiendo la verdad.

—Tú... tú le... le vendiste —gimió—. ¡Le has vendido a esos asesinos! ¡Por rencor, por envidia, les... les dijiste que él iría a buscar al padre de Carpenter, y que luego los llevaría a los dos, él solo, por la noche, hacia Crystal City...! Se lo dijiste todo a aquellos dos hombres, para que tendieran una emboscada a Vin, y... y...

—Él nunca volverá —dijo Charlie, sombrío.

Mae Jarvis apretó los párpados y las lágrimas se desprendieron, enormes, brillantes.

—Dios mío... Dios mío, lo han matado, lo han asesinado... Tú... Tú lo has hecho. Has sido tú, realmente, Charlie... ¿Crees que él no te apreciaba? Oh, sí... Sí te apreciaba. Por eso no quería que fueses *sheriff*, ni siquiera su

ayudante. Quería que te dedicases a otra cosa menos peligrosa, lo hacía por ayudarte, por protegerte...

—¡Mentira...! ¡Mentira!

—Verdad... Verdad, Charlie. No vales nada... Eres rencoroso, y torpe, y envidioso... No vales nada. Él lo sabía y quería protegerte y tú... Tú lo has vendido a unos asesinos... Jamás habrías tenido valor para enfrentarte a él, jamás... Jamás. Y por tanto, te las arreglas para que otros lo maten. Todos contentos... Sobre todo, tú. Pero no... no puedes haberlo conseguido, no... ¡Gente como vosotros no podéis vencer a Vin, nunca, nunca, nunca, nun...!

—Él no volverá —insistió Charlie.

—¡HEEEE...! —se oyó en la calle, de pronto—. ¡Ahí regresa Vin!

Mae pareció no haber oído, pero Charlie respingó, y quedó pálido como un muerto.

—No —movió la cabeza—. No, no... Él no volverá nunca...

—¡Hey, Vin! —oyeron ahora—. ¿Qué pasó con tu caballo...?

—¡Está herido! —gritó otra voz—. ¡Está herido en la cabeza y en una pierna...!

—Vin —musitó de pronto Mae—. Vin... ¡VIN!

Dio la vuelta y corrió hacia la puerta...

—¡No vayas! —aulló Charlie, reaccionando—. ¡Mae, no vayas, no le digas nada...!

Pero Mae había salido ya de la oficina, y cruzaba el porche hacia la calzada. Charlie Lester saltó hacia el armero, tomó uno de los rifles, y salió también al porche... Solamente veía a Mae Jarvis, corriendo, alejándose, agitando los brazos y llamando con voz trémula de alegría a Vincent Vrain...

—No vayas —jadeó Charlie—. No le digas nada, Mae... ¡No se lo digas!

—¡Vin! —gritaba Mae—. ¡Charlie fue quién te vend...!

Y Charlie disparó contra ella...

Pero Vrain no se había movido para disparar contra él. Lo que hizo fue bajar de la calesa, y acercarse con toda la rapidez que le permitía la cojera adonde yacía, tendida de bruces en el polvo de la calzada, Mae Jarvis.

—Mae —le dio la vuelta—. Mae, ¿qué has hecho?

—Vin —jadeó ella—. Vin, él te vendió... Charlie fue quien te...

—Lo sé. Lo sabía, Mae... Sólo podía ser él, lo conozco muy bien... No hables. No digas nada más... ¡Que alguien vaya a buscar al doctor Smithers! —alzó la voz—. ¡Pronto!

Varios vecinos se alejaron a todo correr en busca del médico. Pero Mae Jarvis crispó una mano en la ropa del *sheriff*...

—Vin, se terminó..., se... se terminó... ¿Estás bien? ¿Estás bien?

—Calla, Mae —ordenó roncamente Vrain—. No hables ahora.

—Se... terminó... Ya te dije..., ya te dije que... que por ti daría mi... mi propia vida, y lo... lo he... lo he... cum...

No dijo nada más.

Cuando llegó el doctor Smithers, Vin Vrain sostenía entre sus brazos un cadáver. Un cadáver de ojos muy abiertos, fijos para siempre en la Muerte... y en Vincent Vrain. El silencio era impresionante, y pareció aumentar cuando el *sheriff* de Uvalde se puso en pie, lentamente.

—Lo va a matar —susurró alguien—. ¡Va a hacer pedazos a Charlie!

—Se lo merece... ¡Se lo merece, el muy cerdo! —contestaron.

Vincent Vrain caminaba ya hacia su oficina, siempre cojeando, siempre notando el dolor de la herida tierna. Ni un solo momento hizo intención de tocar su revólver.

Los vecinos de Uvalde se estremecieron y pensaron que estaba loco cuando entró tranquilamente en su oficina... Pero Vrain no estaba loco.

En la oficina no había nadie, de modo que entró en el departamento de celdas. Y allí estaba Charlie, empuñando el rifle con el que había asesinado a Mae. Ni siquiera había tenido valor para escapar por la puerta de atrás. Ni siquiera para eso...

—No te acerques, Vin —jadeó—: ¡No te acerques!

Vrain dio media vuelta, regresó a la oficina, y descolgó el manojito de llaves. Volvió a entrar en el departamento de celdas, abrió una de ellas, y miró a Charle.

—Entra, Charlie: quedas detenido en nombre de la ley.

—No... No, no... Voy a marcharme... Te voy a matar... ¡Te voy a matar!

—No tienes valor para eso, Charlie. Dame ese rifle y entra en la celda.

—Vin..., no te acerques... ¡Te lo advierto! ¡No te acerques a mí!

Vrain adelantó, impávido. Como la cosa más natural del mundo, quitó el rifle de las manos de Charlie Lester, y luego, de un seco tirón, le arrancó la placa de latón. Tomó de un brazo a Charlie, lo metió en una celda y cerró con llave.

Una hora más tarde, una docena de ciudadanos entraron en el despacho del *sheriff* de Uvalde, el cual alzó la cabeza, y los miró serenamente. Quedaron todos ante él, silenciosos, como apoyándose unos a otros...

—¿Sí? —musitó Vrain.

—Vin, queremos... pedirte algo.

—De acuerdo. ¿Qué es ello?

—Déjanos linchar a Charlie... ¡Déjanos hacerlo! Escucha, tú puedes ir a ver a Mae... Ella te quería, lo sabemos todos... Nadie dirá nada: tú te vas a verla, y nosotros linchamos a Charlie... ¡Se lo merece!

—Lo sé —asintió Vrain—: Pero nadie va a lincharlo. Será colgado por el cuello hasta que muera. Así lo dice la ley —paseó su clara, fría, terrible mirada por el grupo, y acabó— y la ley es la ley.

—Pero, Vin...

—La ley es la ley —insistió el *sheriff*—. Marcharos. Y quiero veros a todos mañana en el entierro de Mae. A todos... Y quiero que todos los que acudamos a despedir a Mae estemos limpios, que ninguno tengamos nada de qué avergonzarnos. ¿Lo entendéis?

Una semana más tarde, el empleado de la Western Union llevó un telegrama dirigido a Vincent Vrain, en Uvalde. Procedía de Crystal City, y decía así:

»Juicio comienza pasado mañana. Punto. Saludos.

«Malcom».

* * *

El juez Wilshire se aclaró la garganta, dándose cuenta de la gran expectación que reinaba en la sala, a la espera de sus palabras.

—Póngase en pie la acusada.

Mary Jane Clayton se puso en pie, sin volver, la cabeza hacia donde sabía que estaba Vincent, el cual, durante dos días, había actuado de testigo favorable. El juez volvió a mirar el papelito que le había sido entregado procedente del jurado, y carraspeó de nuevo.

—Mary Jane Clayton: este Tribunal Soberano del Estado de Texas, la encuentra culpable de las acusaciones formuladas, que son complicidad y convivencia con forajidos cuya conducta fue determinada en el juicio de ayer contra el último de ellos, y que fue condenado justamente a la horca... En consecuencia, a la probada culpabilidad de la acusada, se la condena a tres años como mínimo, y cinco como máximo, de reclusión en la cárcel de mujeres de Crystal City... Sin embargo, teniendo en cuenta las aportaciones de un excepcional testigo, servidor de la ley, este Tribunal reduce en firme la sentencia a sólo dos años, deseando, que, más que como castigo, sirvan a la acusada, y a quienes en el futuro puedan pensar en atentar contra la ley, el orden y la justicia, como oportunidad de ser honestos para el futuro —el juez Wilshire descargó su mazo contra la mesa—. ¡El juicio ha terminado!

Vincent Vrain se puso en pie, y se acercó a Mary Jane, que por fin se había vuelto hacia él. El abogado defensor murmuró unas palabras, y se retiró, mohíno. Junto a Mary Jane quedó tan sólo el *sheriff* Malcom Lockwood, que contemplaba expectante a su colega y amigo de Uvalde.

Éste musitó, mirando fijamente a la muchacha:

—Ya sabes que no vendré a verte.

—Lo sé, Vincent.

Vrain adelantó una mano, y acarició los largos cabellos rubios como el sol. Luego, tiró suavemente de ellos, obligando a Mary Jane a acercarse. Sin abrazarse, se besaron, larga, profundamente. Por fin Vincent Vrain se apartó; se puso el sombrero, y miró a Lockwood.

—Puedes llevártela, Malcom.

—Por Dios... ¿Eso es todo? —casi gimió Lockwood.

—Las palabras se las lleva el viento, Malcom. Por eso, no hace falta hablar mucho. Lo que importa es que el viento no se lleve también lo que cada uno de nosotros sentimos. Eso es lo importante. Lo único que importa, en realidad.

Cuando Vincent Vrain se hubo marchado, Lockwood masculló:

—Está loco...

Mary Jane lo miró, con sonrisa resplandeciente, y asintió con la cabeza.

—Yo también, *sheriff*. Porque, no sé si querrá creerme, pero estoy deseando que me lleven a la prisión. Dos años no son nada...

* * *

Un año más tarde, el *sheriff* de Uvalde recibió un telegrama procedente de la prisión femenina de Crystal City. Lo leyó, se lo guardó en un bolsillo de la cazadora, y se puso en pie. Fue al perchero, recogió su sombrero y se lo puso. Abrió la puerta, y se volvió hacia su ayudante, Pred Wendell, que lo miraba expectante.

—No te descuides, Fred.

—No, señor. ¿Ocurre algo que...?

—Nada importante: estaré de regreso dentro de un par de días, espero.

—Descuide, —dijo Fred—. Yo me encargo de todo.

—Lo sé —sonrió Vrain.

Media hora más tarde, en calesín, abandonaba Uvalde. Y ya lejos de la población, sacó el telegrama, y lo leyó de nuevo:

»Amnistía por buena conducta conseguida. Punto. Mary Jane Clayton sale mañana. Punto. Saludos.

»M. Corbett. Alcaide.

ESTE ES EL FINAL

CRYSTAL CITY (ZAVALA, TEXAS). MAYO, 1876

El alcaide Corbett y el *sheriff* de Uvalde, Vincent Vrain se pusieron en pie cuando sonó la llamada a la puerta del despacho del primero, que autorizó:

—Adelante.

La puerta se abrió, y Mary Jane Clayton quedó visible en el umbral. Vaciló un instante, y entró, mientras la vigilante sonreía, mirando al apuesto *sheriff* de la fina cicatriz en la mejilla. Mary Jane quedó delante de Vrain, que la contemplaba serenamente, sin que la belleza aún más resplandeciente de la muchacha, y lo bien que le sentaba el nuevo vestido azul, pareciesen impresionarlo lo más mínimo.

—La noticia me pilló de sorpresa —dijo impávido—, así que encontrarás la casa un poco revuelta. Todo lo que tuve tiempo de hacer fue avisar al pastor, que nos estará esperando esta noche allí mismo, en la casa. Creo que deberíamos comprar el vestido para la boda en Crystal City. Quería hacerlo yo, pero me pareció que tú tendrías algo que decir.

—Yo lo elegiré —dijo Mary Jane.

—Bien. ¿Nos vamos?

—Sí, cuando quieras.

Vrain tendió la mano al atónito alcaide, agradeció su ayuda y sus buenos informes sobre Mary Jane, sonrió amablemente a la vigilante... y ambos salieron del despacho. Poco después, subían al calesín que esperaba en el patio, y, por último, la doble puerta se abría para ellos. En silencio, fueron a Crystal City donde compraron el vestido blanco para Mary Jane. Y luego, ante la atónita mirada de dos hombres ocuparon de nuevo el calesín, rumbo al Norte...

—Oye, Colby —farfulló uno de ellos—. ¿No es ése el vestido que compré ese tipo esta mañana...?

—Yo creo que sí, Track —rió Colby—. Y al parecer, no era para él, sino para la rubita. ¡Y vaya rubita, Track!

—¡Vaya suerte que tienen algunos, demonios...!

—No te quejes de tu suerte, Track, no te quejes, que esta mañana la tuviste a montones. Si a ese *sheriff* le hubiese dado por molestarse contigo...

—No me lo recuerdes —palideció Track—. ¡Maldito seas, no me lo recuerdes, hombre! ¡Y vamos a tomar un trago! Todavía tengo seca la maldita boca que siempre abro a destiempo...

El tiempo era bueno, primaveral. A lo largo del camino, había amapolas y madreselvas, que Mary Jane iba contemplando en silencio. El cielo era azul intenso, el sol, dorado como sus cabellos... Miró de reojo a Vincent Vrain, y lo vio siempre impávido, con aquella cicatriz que le confería, asombrosamente, una expresión más humana...

De pronto, Vrain la miró y dijo:

—No hay prisa, ¿verdad?

—No, Vincent.

Él desvió la marcha del caballo, y el calesín rodó a pequeños tumbos por la ladera cubierta de flores silvestres, hasta llegar a la orilla del Nueces. Se apeó, le dio la mano a ella, y ambos fueron a sentarse a la orilla del río.

—¿Cómo has pasado este año? —preguntó de pronto Vrain.

Ella lo miró, sonriente.

—¿Qué año?

—Bueno... Te he estado enviando dinero, paquetes... No me digas que no has recibido nada.

—Lo he recibido todo. Pero, Vincent, debes estar equivocado: no ha pasado un año.

—¿No?

—No. En realidad, es como si hoy fuese mañana... Quiero decir, la mañana siguiente a la noche llena de estrellas en que nos conocimos.

Vincent Vrain la tendió lentamente sobre la hierba, y se inclinó sobre los sonrosados labios de Mary Jane.

—Eso era lo que quería oírte decir —susurró—. No ha pasado nada. No ha pasado un año, ni siquiera un día... Sólo ha pasado una noche. Y ahora, hoy, empieza otro día.

Puso sus labios sobre los de Mary Jane, y ella se abrazó a su cuello, serenamente, plácidamente... Al fin y al cabo, aquél era el día siguiente a una noche de estrellas.

Y ninguno de los dos tenía la menor prisa.

FIN